
LA FECUNDIDAD Y SUS DETERMINANTES EN ESPAÑA, 1887-1920. UN ENSAYO DE INTERPRETACION ¹

Pedro Luis Iriso Napal y David-Sven Reher

INTRODUCCION

El análisis de la fecundidad es, sin duda, uno de los campos que más apasiona a los estudiosos de las dinámicas demográficas del presente y del pasado. Este interés responde no sólo al papel clave que la fecundidad desempeña en la reproducción demográfica de la sociedad, sino también al hecho de que en ella confluyen toda una serie de factores económicos, sociales, culturales y demográficos que son, a su vez, el medio de la influencia de lo social sobre el comportamiento individual. Como siempre ocurre dentro del campo de las ciencias sociales, los elementos descriptivos del hecho social se aprehenden de forma directa, mientras que las causas que los explican precisan de una teoría previa y de un método científico de contrastación. Así sucede en el análisis de la fecundidad matrimonial, donde la descripción de las pautas de su evolución es mucho más sencilla que la comprensión de sus determinantes.

Estudios recientes han demostrado que la fecundidad dentro del matrimonio es fundamentalmente el producto de una serie de factores directos

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada dentro del Seminario «Población e Historia», celebrado en la Fundación Ortega y Gasset, de Madrid, en enero de 1987. Agradecemos las críticas y comentarios realizados por los participantes en el Seminario, que han contribuido a mejorar la forma y el contenido de este texto.

(*proximate determinants*), entre los que se pueden apuntar la fecundabilidad (consecuencia en parte de la frecuencia del coito), la duración de la esterilidad postparto (influido decisivamente por las costumbres de lactancia), la mortalidad intrauterina, la esterilidad y la utilización de métodos conscientes de control de la natalidad (Bongaarts, 1978). Estos determinantes, a su vez, están en buena medida causados por una serie de factores de índole económica o demográfica, así como por los valores sociales y culturales dominantes en la sociedad en su conjunto o en alguno de los grupos sociales que la integran (Lesthaeghe, 1980, 1983, 1986). Dichos condicionantes han estado presentes en las sociedades europeas en los siglos pasados, y a ello se deberían los niveles divergentes de fecundidad matrimonial observados dentro de las mismas.

No obstante, habitualmente se considera que la 'fecundidad' en las sociedades tradicionales era «natural», ya que no parece haber existido un control consciente de la misma, sobre todo uno relacionado con el número de hijos habidos (Henry, 1961; Knodel, 1982)². Por ello, la lactancia y otros factores normativo-sociales cobraban una gran importancia y, junto con la utilización social de la nupcialidad para limitar la descendencia final, mantenían el crecimiento dentro de niveles moderados (Coale, 1986). En sociedades más modernas, sin embargo, al existir una motivación para ello, el control consciente de la fecundidad se convirtió en la forma más eficaz de limitar la natalidad³. Según este esquema explicativo, la transición de la fecundidad estaría estrechamente, aunque acaso de forma indirecta, relacionada con la evolución de las estructuras económicas y culturales de las sociedades en cuestión.

Este planteamiento teórico nos ha servido de base para la construcción de un modelo que pretende explicar el peso relativo de los diferentes factores económicos, sociales, culturales y demográficos sobre la fecundidad matrimonial y su evolución. Ahora bien, es preciso recordar que su significación como modelo está fuertemente condicionada por algunos factores que es preciso mencionar. Por un lado, al no contar con datos personales, tal como el número de hijos deseados, por ejemplo, es prácticamente imposible construir un modelo de la fecundidad totalmente coherente. Por otro, la elección de los indicadores está sujeta a la naturaleza de las fuentes históricas. Estos hechos aconsejan tomar lo que sigue más como un esquema interpretativo de la fecundidad que como un modelo predictivo *sensu strictu* de la misma.

² Dentro de sociedades tradicionales en Europa existen numerosos ejemplos de grupos que limitaban de modo consciente su fecundidad, aunque su comportamiento jamás se generalizó dentro del conjunto de la sociedad (Wrigley, 1966; Andorka, 1971; Livi Bacci, 1986). Este tema queda, sin embargo, fuera de las pretensiones y del alcance de este trabajo.

³ Easterlin y Crimmins (1985) considerarían que la motivación para limitar el número de hijos era una consecuencia del desajuste entre el número de hijos deseados (demanda) y el número de los que sobrevivirían en un régimen de fecundidad no controlada. Dentro de los modelos empleados por estos autores, los factores económicos y culturales, que llaman «de modernización», incluyen indicadores tales como educación, urbanización, residencia, etc.

Por otra parte, el presente trabajo busca un análisis de la causalidad más que una descripción del nivel o de la evolución de la fecundidad. Puesto que, como es bien sabido, en la Historia las estructuras no son ni inmutables ni simples, cualquier explicación teórica de la fecundidad ha de tener esto en cuenta. Por ello, nuestro esfuerzo huye de una explicación simplista que terminaría tergiversando la riqueza de matices propia de la Historia.

Hemos tomado como base empírica el caso de la fecundidad matrimonial española entre 1887 y 1920. Como ha ocurrido en tantos campos, aparte de un artículo precursor extraordinariamente fecundo y de algún otro trabajo de talante similar, la fecundidad española, su evolución y sus determinantes siguen siendo un tema mal conocido (Leasure, 1963; Livi Bacci, 1968; Díez Nicolás, 1971). En parte, la presente investigación pretende llenar este vacío en el análisis explicativo de la fecundidad. A fin de poder ver con mayor claridad la incidencia de las estructuras y su evolución en los comportamientos vitales, el momento elegido ha sido el del inicio de la transición demográfica.

Para reflejar con mayor nitidez la complejidad de la realidad social, se ha optado por el *path analysis* como soporte analítico de nuestro estudio. Este método permite no sólo conocer los efectos de cada una de las variables explicativas sobre la variable dependiente, una vez que se han controlado los efectos de las demás, sino también apreciar y medir las influencias mutuas entre las variables del modelo que pueden condicionar los efectos de cada una sobre la variable dependiente, que en este caso es la fecundidad matrimonial. El *path analysis* no es más que una matriz de ecuaciones de regresión múltiple donde únicamente la primera variable (o primeras, que puede ocurrir) es totalmente independiente, y la última (en nuestro caso, fecundidad o cambio de la fecundidad) es totalmente dependiente.

La definición del orden de causalidad entre las variables, requisito necesario para la correcta aplicación de este método, reviste cierta dificultad dentro de la historia de la población debido no sólo a la complejidad de la realidad histórica y social, sino también a la relativa penuria teórica del campo. Normalmente este tipo de análisis se realiza con modelos de pocas variables donde existen líneas de causalidad estrictamente definidas. Por lo tanto, su *utilización dentro de un modelo fundamentalmente empírico y sujeto a unos datos históricos*, no elaborados a propósito, supone extender el método más allá de su utilización habitual. Este hecho puede ser fuente de gran complejidad y acarrea dificultades a la hora de extraer conclusiones claras del estudio⁴.

Con el fin, pues, de construir un modelo explicativo de la fecundidad matrimonial en España entre 1887 y 1920, se ha reunido una base de datos sobre distintas variables extraídas principal, pero no exclusivamente, de los censos y de los libros de movimiento de la población. Se ha diseñado un mo-

⁴ Uno de los pocos estudios en demografía histórica en el que se ha empleado este método se ha plasmado recientemente en un artículo de Woods y Hinde (1984). Véase, también, Lesthaeghe (1977).

delo que pretende reflejar el juego de los determinantes de la fecundidad y de su evolución entre las fechas mencionadas. Con ligeros matices, el mismo modelo se ha aplicado a las capitales de provincia y a las zonas rurales de España⁵. Los resultados correspondientes a ambos mundos, junto con su comparación, deberán arrojar alguna luz sobre el diferente juego de los determinantes de la fecundidad en cada una de las zonas (Reher, 1986, s. f. —a—; Livi Bacci, 1977; De Vries, 1984).

I. EL MUNDO RURAL

A) *El modelo y sus variables: hipótesis*

Los indicadores que influyen sobre la fecundidad se pueden agrupar en las siguientes categorías generales: socioeconómicas, culturales y demográficas. Es decir, se parte del supuesto de que la fecundidad de las mujeres es producto de las estructuras sociales y económicas del orden social en el que viven, de los valores culturales que integran dicho mundo y de una realidad demográfica concreta. Los modelos reflejan un orden de causalidad en el que las variables de estructura económica condicionan a las culturales; y ambas categorías terminan influyendo sobre el sistema demográfico⁶.

Conviene subrayar ciertos aspectos inherentes al método y a los datos que pueden dificultar la interpretación de los resultados. Uno de los problemas que generalmente se plantean en el uso del *path analysis*, y el presente artículo no es una excepción, es lo que podemos denominar *causalidad recursiva*, consistente en que la relación entre dos variables puede funcionar en ambas direcciones⁷. Puesto que la realidad histórica es compleja, de hecho, la causalidad recursiva es imposible de evitar y termina dificultando la interpretación de los resultados.

Por otro lado, se puede discutir la oportunidad de elegir un indicador determinado en vez de otro. Aquí la realidad de las fuentes históricas ha impuesto serias limitaciones. Naturalmente, los resultados serían mucho más cohe-

⁵ Estos modelos han supuesto la creación de dos bancos de datos paralelos para cada año censal (1887, 1900 y 1920), uno con información urbana y otro con información rural. La forma de construir estos bancos de datos se explica en Reher (s. f. —a—). Es preciso tener en cuenta que, dentro de este estudio, las zonas urbanas se refieren únicamente a las capitales de provincia. Los datos rurales son el resultado de restar, a los totales provinciales, los datos referentes a las capitales de provincia.

⁶ En realidad, y siguiendo las ideas de Bongaarts (1978), a menudo estas variables actuarían sobre la fecundidad a través de factores directos, a los que ya se ha aludido, y que generalmente resultan de imposible cuantificación con los datos disponibles.

⁷ No se entra aquí en otros problemas de índole teórica mucho más seria, como el propio concepto filosófico de «causalidad», o en problemas, también teóricos, derivados del estructuralismo que subyace en el método matemático aquí utilizado (Ibáñez, 1979: 208-214).

rentes de poder contar con, por ejemplo, el nivel de renta o de inversión, o los años de educación. Evidentemente ello no ha sido posible y por eso el modelo no incluye todos los determinantes teóricos de la fecundidad ni a veces acaso el indicador más idóneo. En este sentido, una interpretación clara del significado de los indicadores se ha visto dificultada por la utilización exclusiva de datos agregados. Estos terminan restando gran nitidez a las conclusiones que podemos derivar debido a la imposibilidad de poseer indicadores apropiados para algunas variables muy importantes.

Los indicadores integrantes en nuestro modelo de fecundidad rural se resumen en la tabla 1. Las medidas y desviaciones típicas pueden consultarse

TABLA 1

Variables que integran los modelos de fecundidad rural

11	Jornaleros	(JORNAL)
10	Población no agraria	(PNOAGR)
9	Migración	(MIG)
8	Urbanización provincial	(URB)
7	Razón de actividad	(RAZACT)
6	Mercado matrimonial	(MERMAT)
5	Analfabetismo	(ANALF)
4	Secularización provincial	(SEC)
3	s_0	(MORT)
2	Nupcialidad	(NUP)
1	Fecundidad legítima	(FEC)
(1)	(Cambio fecundidad)	(CAMFEC)

en la tabla 2. Las ecuaciones de regresión, junto con el sentido esperado de la relación con la variable dependiente, se hallan en la tabla 3. No obstante los signos indicados en las relaciones, la observación de los mapas y de las correlaciones simples permiten establecer hipótesis más concretas sobre las relaciones entre las diversas variables, y en especial con la fecundidad matrimonial, y que serán las hipótesis a contrastar en los resultados. A continuación se establece la construcción de los indicadores de cada variable, la descripción de sus valores para las diversas zonas de la España rural y sus relaciones más importantes con las demás variables.

La *fecundidad matrimonial* se ha estimado por el índice I_g , diseñado por Ansley Coale para el Proyecto Europeo de Fecundidad. Este indicador expresa la intensidad de la fecundidad matrimonial, y no la reproducción final que

TABLA 2

Medias y desviaciones típicas de los indicadores rurales

	<i>Media</i>			<i>Desviación típica</i>		
	1887	1900	1920	1887	1900	1920
Jornaleros	53			11		
Población no agraria			34			16
Migración	856	856	843	99	99	115
Urbanización	25	26	29	19	19	20
Razón de actividad	128	128	128	13	11	15
Mercado matrimonial	94	93	89	13	12	15
Analfabetismo	68	64	53	12	13	14
Secularización provincial			36			12
s_{q_0}	335	335	275	70	70	56
Nupcialidad	617	599	541	84	74	68
Fecundidad matrimonial	656	677	615	54	78	89
Cambio fecundidad	+0,7	-2,7	+9,7	15	7	7

NOTAS: Los siguientes indicadores se refieren a un solo año: jornaleros (1860), población no agraria (1920) y secularización provincial (1936). Los valores de s_{q_0} y de migración correspondientes a 1887 y 1900 son los mismos. Véase texto para una explicación más detallada.

Jornaleros y población no agraria se expresan en tanto por ciento. Migración: el valor 1.000 expresa un saldo migratorio nulo; un valor por debajo de 1.000 indica emigración. Urbanización: porcentaje de población que vive en cascos urbanos de más de 5.000 habitantes. Razón de actividad: población masculina en edades activas / población masculina en edades no activas. Mercado matrimonial: razón de masculinidad en torno a la edad media al casarse. Analfabetismo: porcentaje de población >10 años que no sabe leer ni escribir. Secularización: porcentaje de voto a la izquierda. s_{q_0} = fallecidos entre 0 y 5 años por mil nacidos. Nupcialidad = I_m . Fecundidad matrimonial = I_g . Cambio fecundidad: el valor positivo indica descenso en porcentaje sobre el valor de partida.

vendría determinada no sólo por I_g , sino también por la nupcialidad. Esta distinción es de gran importancia para la comprensión de todo nuestro análisis⁸. Los modelos son básicamente los mismos para la fecundidad que para

⁸ Ello no quiere decir que I_g no esté también influido en cierta medida por la estructura por edad de las mujeres, aun suponiendo una nupcialidad igual. Esto mismo nos ha sido amablemente indicado por Margarita Delgado dentro del Seminario de Demografía Histórica celebrado en la Fundación Ortega y Gasset, que viene a coincidir con el análisis realizado por Ansley Coale y Roy Treadway (1986: Apéndice B). No obstante, dada la naturaleza de los datos disponibles para el período en cuestión, consideramos que sigue siendo el indicador de la intensidad de la fecundidad matrimonial más adecuado.

TABLA 3

Ecuaciones de regresión y signos esperados de las relaciones

Ecuación 1:	+	Jornal → Pnoagr.
Ecuación 2:	+ +	Jornal, Pnoagr → Mig.
Ecuación 3:	+ + +	Jornal, Pnoagr, Mig → Urb.
Ecuación 4:	+ + + +	Jornal, Pnoagr, Mig, Urb → Razact.
Ecuación 5:	+ ? + + +	Jornal, Pnoagr, Mig, Urb, Razact → Mermat.
Ecuación 6:	+ — ? — —	Jornal, Pnoagr, Mig, Urb, Razact → Analf.
Ecuación 7:	+ + ? + + ?	Jornal, Pnoagr, Mig, Urb, Razact, Analf → Sec.
Ecuación 8:	+ — + +	Jornal, Pnoagr, Urb, Analf → Mort.
Ecuación 9:	+ ? + — + + ? ? +	Jornal, Pnoagr, Mig, Urb, Razact, Mermat, Analf, Sec, Mort → Nup.
Ecuación 10:	— ? — — — + — + —	Jornal, Pnoagr, Mig, Urb, Razact, Analf, Sec, Mort, Nup → Fec.
Ecuación 10 (b):	— + + + + — + + ?	Jornal, Pnoagr, Mig, Urb, Razact, Analf, Sec, Mort, Nup → Camfec.

su evolución⁹. Una rápida consulta de los mapas 1, 2 y 3 permite hacerse una idea clara de los niveles imperantes de dicha variable a lo largo del período en cuestión y, por tanto, facilitará una comprensión cabal de este análisis. En ellos se puede observar que la distribución geográfica de la fecundidad matrimonial sufre pocas alteraciones, si bien, dentro de esta homogeneidad, se constata una evolución digna de mención: en 1887 las zonas de baja fecundidad corresponden a Cataluña y Baleares, por una parte, y la mayor parte de Andalucía, por otra; mientras las zonas de alta fecundidad incluyen la mayoría del Norte (con excepción del País Vasco y parte de Galicia), toda Castilla la Vieja, toda Extremadura y buena parte de La Mancha. En 1920, aun sin alterarse básicamente esta distribución, hay algunos cambios notables. El País Vasco se ha sumado a las zonas de alta fecundidad, y Extremadura ya sólo evidencia una fecundidad media. Por otra parte, Cataluña y Levante

⁹ A fin de minimizar los efectos de las variaciones no significativas de la evolución de I_g , hemos hecho un solo modelo para el período 1887-1920. No obstante, se hará mención de la evolución de I_g en los distintos subperíodos allí donde se considere pertinente. Por otra parte, para el cálculo de I_g los datos de nacidos son la media de tres años a caballo del año censal, una vez compensado cualquier subregistro (Reher, s. f. —a—).

presentan un frente homogéneo de fecundidad baja, mientras que Andalucía, excepción hecha de Cádiz y Huelva, ya no figura entre las regiones de fecundidad baja.

Entre 1887 y 1920, la fecundidad muestra una leve caída de, aproximadamente, 10 por 100. Esta caída es mucho mayor en el Levante que en zonas del Sur o en partes de la mitad septentrional de la Península, que incluso muestran algún que otro aumento (véase mapa 4). Esta caída no es lineal, sin embargo, y se pueden observar diferencias pronunciadas en cada uno de los subperíodos (Reher, s. f. —a—, 1986). Por ejemplo, entre 1860 y 1887, la caída es muy ligera, casi de estancamiento, y afecta a todo el Levante y el Sur, dejando buena parte del Oeste y del Norte con incrementos en la fecundidad legítima (mapa 5). Entre 1887 y 1900, únicamente sigue la caída en Cataluña, notándose aumentos en la mayor parte del país (mapa 6). Finalmente, entre 1900 y 1920, las disminuciones en la fecundidad se hacen generales, aunque siguen siendo más intensas en el este de la Península (mapa 7). Es de gran importancia tener presentes estas divergencias en dirección e intensidad de la evolución de la fecundidad a la hora de analizar sus determinantes. A título de ejemplo de las diferencias regionales en la evolución de la fecundidad matrimonial, entre 1887 y 1920, podemos señalar que mientras la media de caída en las zonas rurales es de 6,3 por 100, la media de las caídas en las zonas rurales catalanas es de 22 por 100 (destacándose la caída de la fecundidad en Tarragona, con un 34 por 100 —la mayor de España—). Por el contrario, 10 zonas rurales suben su fecundidad —en un 4,9 por 100 como media—, de las cuales tres son andaluzas (Córdoba, Granada y Sevilla) y el resto se sitúan en la cornisa cantábrica (Alava, Burgos, Coruña, Guipúzcoa, Navarra, Pontevedra y Cantabria).

El indicador de *jornaleros* corresponde al porcentaje de la población activa masculina rural que en 1860 estaba calificada como jornalera. Las zonas de España donde más abunda la población de jornaleros son Cataluña y la mitad Sur (véase mapa 8). Tradicionalmente se ha relacionado una baja fecundidad matrimonial con las zonas de jornaleros, hecho que queda constatado en el mapa (Livi Bacci, 1968). Uno de los propósitos de este estudio será delimitar las razones que expliquen esta relación negativa, aunque podemos sospechar que dichas razones tengan que ver con el nivel de vida, migraciones temporales (junto con su consecuencia directa de una menor frecuencia del coito), una nupcialidad más intensa y, especialmente en zonas como Cataluña, donde coincide con un desarrollo industrial y agrícola, con la existencia de una mano de obra asalariada moderna (Massey y Mullan, 1984; Bongaarts y Potter, 1979).

La *población no agraria rural* es el porcentaje de la población activa masculina rural que no estaba dedicada a la agricultura en 1920. La presencia de población no agraria rural es más importante, por un lado, en las áreas de cierto desarrollo industrial (Barcelona, País Vasco y Madrid) y, por otro lado

—y con excepciones—, en zonas donde abundan las agrociudades (mapa 9). Podemos esperar una correlación positiva entre esta variable y jornaleros debido a que los valores del indicador son altos en el Sur y en Cataluña, zonas de importante implantación jornalera. La relación entre población no agraria y fecundidad puede ser ambigua. Por un lado, cuando la población no agraria está ocupada en oficios tradicionales, es posible que tenga una fecundidad matrimonial superior a la de la población agrícola¹⁰. Ahora bien, cuando este indicador representa a una población ocupada en actividades económicas modernas relacionadas con la mano de obra asalariada, por lo general, su relación con la fecundidad sería negativa. Por eso, el momento histórico y la zona analizada cobran importancia para el significado de las variables.

En España, las zonas rurales suelen mostrar una emigración neta y, por tanto, un valor alto del indicador de *migración* representa o bien la falta de emigración o una emigración sólo leve¹¹. Aquí se puede relacionar un nivel relativamente alto, bien con una economía suficientemente fuerte como para limitar la emigración, bien con las dificultades que existen para una emigración importante. Los procesos emigratorios son, a su vez, producto de una serie de factores más amplia que la simple necesidad económica¹². En su explicación intervienen también los costes de oportunidad, que suelen aumentar a medida que aumenta la distancia a recorrer (Lee, 1966; Todaro, 1976; Arango, 1985; Ravenstein, 1885-1889). Una de las formas tradicionales para mitigar estos costes de oportunidad ha consistido en la existencia de redes de apoyo familiar o local para la emigración, tan abundantes en el Norte y prácticamente inexistentes en otras partes del país. Estos hechos explican la distribución de las migraciones en España durante el período estudiado. Los valores mayores —es decir, la menor emigración— los tienen el sur de la Península y Cataluña, junto con Vizcaya y Madrid (mapas 10 y 11). En Cataluña, Vizcaya y Madrid esto se debe al grado de desarrollo económico de

¹⁰ Así se ha desprendido de algún estudio parcial (Reher, 1987).

¹¹ Los valores de este indicador proceden de la división de la *población real* entre 20 y 29 años sobre la *población hipotética* entre 20 y 29 años. Esta última se ha estimado aplicando la probabilidad de morir a los grupos de edad de 10-14 y 15-19 derivado de los datos del año censal anterior (1900 para 1910, y 1910 para 1920). Este cálculo se puede expresar con la siguiente fórmula:

$$P_{x+10} = (P_x [1 - {}_5q_x]) (1 - {}_5q_{x+5})$$

donde:

P_x = población de partida a x grupo de edad;

P_{x+10} = población hipotética de llegada a $x+10$ grupo de edad;

${}_5q_x$ = cociente de mortalidad a x edad en año de partida.

Datos urbanos y rurales. El saldo de 1887 y 1900 es el que va de 1900 a 1910, y el de 1920 el que va de 1910 a 1920.

¹² Este planteamiento está, al menos parcialmente, en desacuerdo con el de Juan Díez Medrano (1987).

sus zonas rurales. En Andalucía y Extremadura parece ser el resultado de un alto coste de oportunidad para migrar debido tanto a la lejanía de los grandes centros de atracción como a la inexistencia de lazos familiares con América. El caso opuesto es, evidentemente, el de la cornisa cantábrica, cuya emigración, podemos sospechar, se orientaba principalmente hacia América (Nadal, 1984).

Se puede postular una relación negativa entre esta variable y la fecundidad matrimonial por dos razones. Por un lado, donde la escasa emigración (valor alto del indicador) es consecuencia de un desarrollo económico importante, estaríamos en presencia de una clara modernización de las estructuras económicas y sociales que, de acuerdo con la más rancia tradición de la transición demográfica, actuarían para deprimir la fecundidad (Easterlin y Crimmins, 1985; Knodel y Van de Walle, 1979; Coale, 1986). Este es, evidentemente, el caso de Cataluña, Vizcaya y Madrid¹³. Por otro lado, donde no hay apenas emigración por falta de oportunidades, y dentro de un contexto de escaso desarrollo económico en el mundo rural, existiría una relativa presión de la población sobre los recursos económicos y, por tanto, y en la medida en la que pueda darse la existencia de un régimen demográfico homeostático, tendería a mantenerse baja la fecundidad dentro del matrimonio. Así ocurriría en el sur peninsular, donde la falta de emigración no significaría modernización alguna. En ambas zonas, zona de desarrollo y zona de presión demográfica, la falta de migraciones (o, incluso en algún caso, la inmigración) implica también un aumento en las personas viviendo en centros urbanos pequeños en los que presumiblemente la fecundidad sería menor que en el campo, de la misma manera y por las mismas razones que la fecundidad urbana es menor que la del campo (Reher, 1986).

El indicador de *urbanización provincial* es el resultado de dividir la población que vive en áreas urbanas sobre el total de la población provincial. Se consideran áreas urbanas las capitales de provincia y los núcleos de población mayores de 5.000 habitantes¹⁴. Las áreas más urbanizadas del país se localizan en el Sur y allí donde ya existe un cierto grado de industrialización (mapa 12).

Se ha empleado esta variable a fin de medir hasta qué punto el peso de los núcleos urbanos llega a influir en los niveles de la fecundidad o en su evolución. Tradicionalmente se ha pensado que las ciudades desempeñaron un papel clave en la transición de la fecundidad y, a pesar de que los resultados suelen ser poco concluyentes, sigue siendo una de las variables claves en cualquier análisis de los cambios en la fecundidad (Knodel, 1974; Livi

¹³ Es digno de mención que esta relativa falta de emigración tiene lugar a pesar de la fuerza de atracción de núcleos urbanos de gran importancia (Barcelona, Bilbao y Madrid).

¹⁴ Los datos básicos nos han sido proporcionados por Antonio Gómez Mendoza y Gloria Luna Rodrigo, y se refieren a 1887, 1900 y 1920 (véase, también, Gómez Mendoza y Luna Rodrigo, 1986).

Bacci, 1977; Sharlin, 1986; Lesthaeghe, 1977; Arango, 1980). Varias razones nos llevan a pensar en una relación teórica negativa entre la urbanización y la fecundidad tradicional. El tamaño de las poblaciones parece incidir negativamente en el nivel de la fecundidad matrimonial debido, entre otras causas, a la complejidad de su estructura ocupacional (más asalariados, más mujeres trabajadoras, más población no agraria) (Reher, s. f. —a—).

La *razón masculina de actividad* está basada en la estructura por edad y procede de la división de la población masculina en edades productivas (entre 16 y 60 años) entre la dependiente (menores de 16 años más mayores de 60). Es un indicador aproximativo, pero válido, del potencial productivo de una población y, por tanto, de su relativo dinamismo económico¹⁵. Sus valores son determinados, tanto por la estructura económica, en especial por la influencia de ésta a través de los movimientos migratorios, como, en menor medida, por la estructura demográfica de la población. En la época en cuestión, caracterizada por el comienzo de cambios significativos en las dinámicas económicas, en especial en las ciudades, junto con el incremento de los flujos migratorios, los factores específicamente demográficos pierden una buena parte de la importancia que podrían tener en una sociedad tradicional, aunque no por ello dejan de ser significativos.

A efectos de demostrar la naturaleza predominantemente económica de este indicador, se ha realizado un análisis de las influencias sobre el mismo de los movimientos migratorios (que vendrían a representar el contenido económico) y el factor demográfico de entrada de población en la base de la pirámide de estructuras por edad y sexo¹⁶. Este análisis ha sido en realidad un pequeño *path analysis*, y sus resultados son los siguientes:

— La migración y el factor demográfico elegido son totalmente independientes ($-0,094$, $-0,029$, $-0,283$, correlaciones simples en 1887, 1900 y 1920, respectivamente).

— El factor más importante para explicar la razón de actividad es el saldo migratorio con valores (betas) de $0,300$, $0,564$ y $0,635$, frente a valores de $-0,253$, $-0,411$ y $-0,250$ para el factor demográfico. Esto indica, además, que el saldo migratorio tiene una importancia creciente en la explicación de la razón masculina de actividad. Dicha importancia crece a medida que se intensifican los movimientos migratorios, lo que ocurre en el período aquí estudiado.

¹⁵ A la hora de elegir un indicador adecuado se planteó la posibilidad de recurrir a los datos sobre ocupaciones contenidos en los censos y elaborar un indicador de actividad. Esta opción fue rechazada por la poca homogeneidad de los censos en cuanto a población activa, hecho que impedía la elaboración de un indicador uniforme a lo largo del período. Es evidente que el significado económico del indicador elegido está influido por la existencia o no de pleno empleo, dato inaccesible en la documentación histórica.

¹⁶ Aquí, el indicador escogido para representar los factores demográficos consiste en: *tasa bruta de natalidad* — $(\text{fallecidos}_{0-15} / \text{población total})$

Si partimos del supuesto teórico de que la modernización económica es, a fin de cuentas, uno de los factores decisivos para la reducción de la fecundidad, entonces la razón de actividad se correlacionará de forma significativamente negativa con la fecundidad¹⁷. Por otro lado, en algunas zonas del país, inmersas todavía en economías netamente tradicionales, sería un indicador de la presión demográfica sobre los recursos, o mejor sobre los nichos económicos disponibles (Wrigley y Schofield, 1981: 454-463). Aunque los efectos de la razón masculina de actividad sobre la fecundidad matrimonial serían parecidos, tanto en el caso de que un alto valor del indicador aquí descrito signifique modernización económica como presión sobre los recursos, ni su intensidad ni las razones que la subyacen serían idénticas en los dos casos.

El *mercado matrimonial* es la razón de masculinidad en la cohorte de cinco años que rodea a la Edad Media al Primer Matrimonio (tanto en varones como en mujeres)¹⁸. Por la construcción del indicador, su valor es más alto cuantos más hombres hay por cada mujer. Dicho mercado es determinado en parte por las pautas migratorias, siempre que difieran según el sexo, y por las estructuras económicas, sobre todo por la forma en que éstas influyen en el mercado matrimonial a través de la migración. El mercado matrimonial está más equilibrado en las zonas con mejores saldos migratorios, hecho que indica que la migración está sesgada por sexos (mapa 14). Ninguna relación teórica directa puede establecerse entre el mercado matrimonial y la fecundidad matrimonial, aunque también es importante mencionar que esta variable puede incidir en la fecundidad en la medida que tenga alguna incidencia sobre la nupcialidad.

Otra variable considerada tradicionalmente como clave para la transición de la fecundidad ha sido el *nivel educativo de la población*¹⁹. La relación entre educación y fecundidad matrimonial se ha visto desde dos líneas de pensamiento distintas. Por un lado, se considera que el aumento de la capacidad de leer termina acelerando el proceso de cambio social y, por tanto, actúa como disolvente, por así decirlo, de las actitudes tradicionales que, en este caso, contribuirían a estimular una fecundidad alta (Caldwell, 1982; Cleland y Wilson, 1987). Por otra parte, autores como John Caldwell, a partir de datos procedentes de países en vías de desarrollo, han afirmado que la escolarización de los hijos les impide entrar en la fuerza de trabajo. A partir de ahí, y desde una perspectiva de la racionalidad económica de las familias, cam-

¹⁷ Para la distribución de los valores del indicador en las diversas zonas, véase mapa 13.

¹⁸ Se ha supuesto que cada grupo de edad censal de cinco años está compuesto por cinco cohortes de un año de igual tamaño. El número de varones y de mujeres en torno a la edad media al casarse (elaborado por el método de Hajnal) se ha establecido por un simple proceso de interpolación lineal (Cachinero Sánchez, 1982). Datos urbanos y rurales para 1887, 1900 y 1920.

¹⁹ Dentro del presente trabajo, el indicador escogido ha sido el *analfabetismo*, medido como el porcentaje de personas que no saben ni leer ni escribir. Este indicador ha ocupado un lugar destacado en los resultados del Proyecto Europeo de Fecundidad de la Universidad de Princeton (Anderson, 1986).

bían sustancialmente las transferencias de riqueza que pueda ofrecer la generación inferior a la superior, y los hijos se convierten en cargas económicas para unos padres que obrarían, en consecuencia, reduciendo su fecundidad (Caldwell, 1980).

Ahora bien, existen aspectos relacionados con la historia cultural de España que nos llevan a sospechar que los resultados, en la relación entre analfabetismo y fecundidad, puedan no ser del todo acordes con la teóricamente postulada. Durante el período en cuestión, la zona más alfabetizada del país la integraban Castilla la Vieja y la cornisa cantábrica, siendo el Sur la menos alfabetizada (véase mapa 15). Las diferencias regionales de la alfabetización en España probablemente proceden de muy antiguo (siglos XVI o XVII), y por ello se convierten en un indicador muy rígido desde un punto de vista geográfico. Lo primero que se desprende de esta realidad histórica es que este indicador no tiene por qué interpretarse necesariamente como factor de modernización. Parece ser que esta variable, al menos en el mundo rural de buena parte del país, es independiente del desarrollo económico, aunque no, probablemente, de la estructura económica²⁰. Por ello es de gran interés constatar cómo la alfabetización, en tanto que elemento «modernizador» de los comportamientos humanos, puede carecer de sentido en España si no va acompañado de un paralelo desarrollo económico y social. Desarrollo y proceso rápido de alfabetización coinciden en Cataluña y Valencia, y ahí podría verse la relación teórica descrita entre estas dos variables. Caso contrario sería el del noroeste peninsular, cuya alta alfabetización respondía más a razones *tradicionales*.

La fecundidad alta, tan común en las sociedades preindustriales, fue producto de una serie de factores de índole económico, demográfico y social. No obstante, la existencia de una mentalidad tradicional, fuertemente influida por las doctrinas de la Iglesia en materia natalista, fue un apoyo cultural complementario de gran importancia para la existencia del sistema. Muchos historiadores han hecho hincapié en que la disminución de la influencia de la Iglesia, al propagarse las actitudes secularizadas, durante los siglos XIX y la primera parte del XX, estimuladas por los grandes cambios económicos, sociales, políticos e ideológicos, fueron un factor clave para la reducción consciente de la fecundidad. Es muy difícil discutir la validez teórica de este planteamiento siempre y cuando la adopción de una mentalidad moderna acompañe a cambios socioeconómicos ocurridos en la sociedad²¹.

²⁰ En este sentido, la alfabetización va ligada a una estructura de explotaciones agrarias en la que domina la pequeña o media propiedad.

²¹ R. Lesthaeghe (1983: 414-415) mantiene que la secularización implica fundamentalmente la primacía del interés particular como orientador de la conducta personal, por encima de intereses comunitarios. En el caso de España, en momentos determinados, tanto la izquierda como la Iglesia católica llegaron a propugnar la primacía de lo colectivo sobre lo individual. Según este esquema, el indicador elegido en este estudio sólo reflejaría parcialmente la importancia del interés individual en el concepto de seculariza-

Un problema de envergadura reside en acertar con un indicador que llegue a aproximarse a esta variable tan abstracta. Dentro del modelo aquí expuesto, el indicador *secularización* mide el voto en las elecciones de 1936²². Esto plantea, naturalmente, múltiples problemas. Uno de los principales inconvenientes es que únicamente se dispone de resultados provinciales, por cuanto es imposible distinguir entre comportamientos urbanos y rurales²³. No obstante, a falta de un mejor indicador hemos optado por el voto en 1936. La zona donde la secularización registra valores más elevados está formada por la vertiente mediterránea, Andalucía occidental y Madrid (véase mapa 16). Naturalmente, su correlación con la fecundidad debería ser negativa, y positiva la que le vincula a los cambios de la fecundidad.

Desde una perspectiva teórica, el papel que desempeña la *mortalidad* a jóvenes edades a la hora de determinar los niveles de fecundidad parece evidente. En primer lugar, en las sociedades tradicionales, a largo plazo, la fecundidad legítima, la nupcialidad y la mortalidad integraban un sistema demográfico tendente a mantener estable la reproducción de la población (D. S. Smith, 1977). Es decir, allá donde la mortalidad a jóvenes edades fue elevada, sus efectos serían compensados, bien por una nupcialidad intensa, bien por una fecundidad matrimonial fuerte o bien por ambas a la vez. Es más, la mortalidad estaría a la raíz de la relativa alta o baja presión de los regímenes demográficos (Pérez Moreda y Reher, 1986). Por ello, en las sociedades preindustriales, la mortalidad, que en buena parte era determinada exógenamente, se convertía en un determinante importantísimo, tanto de la nupcialidad como de la fecundidad legítima.

Esta relación entre la mortalidad y la fecundidad matrimonial se materializaría por medio de un vínculo muy directo entre la mortalidad en los primeros meses de vida y la fecundabilidad de la mujer. Conocido es el hecho de que la lactancia extiende significativamente el período no fecundable de la mujer y, por tanto, ha sido considerado con razón como un determinante directo (*proximate determinant*) de la fecundidad (Bongaarts, 1978, 1982; Smith, 1985; Corsini, 1979; Bongaarts y Potter, 1983). La duración de la lactancia, a su vez, es producto no sólo de unas pautas culturales y económi-

ción. Por eso, siempre que Lesthaeghe esté en lo cierto, este indicador puede presentar algún problema dentro de nuestro modelo.

²² Es el porcentaje provincial de voto al Frente Popular en 1936, tomando como base el censo de votantes. Debido a las imperfecciones que introducían en este indicador el voto nacionalista y el abstencionismo anarquista, se sumó al voto al Frente Popular la mitad del voto nacionalista y el exceso de abstención por encima del 29 por 100 (media de abstención nacional) en todas las provincias que superaron dicho porcentaje. Los datos son provinciales y se han sacado de los periódicos *El Sol* y *El Debate* (3-3-1936).

²³ Más interesante hubiera sido, por supuesto, la proporción de comulgantes o, de haber existido un sistema de educación pública y gratuita, la proporción de la población matriculada en dichas escuelas. A pesar de todo, aun pudiendo contar con este tipo de indicadores, su valor de índice de actitudes «modernas» o «seculares» sería siempre discutible. Otro problema ha sido la fecha del indicador, claramente fuera del período estudiado.

cas, sino del nivel mismo de la mortalidad infantil. Por ello, a mayor mortalidad, mayor proporción de mujeres terminaría la lactancia antes y, por tanto, volverían a estar en condiciones de quedar embarazadas²⁴.

Una vez dentro de una época en la que el control consciente de la fecundidad se convierte en algo posible y, hasta cierto punto, aceptado, los cambios en la mortalidad a jóvenes edades tenderían a incluir cambios paralelos en la fecundidad. El hecho de que la reducción en la fecundidad se produjera principalmente en las edades superiores del período fértil de la mujer sugiere que las mujeres (o las parejas) estaban tomando las medidas necesarias para limitar el número de hijos supervivientes (Coale, 1986). Es decir, su comportamiento, mientras eran jóvenes, sería el de una fecundidad más o menos natural, que se iría reduciendo a medida que aumentaba su edad y se viesan con un número cada vez mayor de hijos que hubiesen sobrevivido los primeros años de alto riesgo de mortalidad. El hecho de que la mortalidad entra en una fase de claro descenso en toda Europa, después de 1900, fuerza a las mujeres a reducir su fecundidad. Esto cobra aún mayor importancia en la medida en la que el proceso de toma de decisiones dentro del núcleo familiar estuviera sujeto a una «racionalidad económica» orientada al mantenimiento de una situación económica familiar estable.

Todo ello quiere decir que, una vez metida en la transición o la pretransición demográfica, el papel de la mortalidad adquiere, si cabe, mayor protagonismo que en las sociedades tradicionales. Por eso, y a pesar de que los resultados de muchos estudios no son del todo concluyentes, es imposible no atribuir a la mortalidad a jóvenes edades una gran influencia, tanto para los niveles de fecundidad como para los cambios que sufre (Watkins y E. van de Walle, 1983; F. van de Walle, 1986)²⁵. Una vez concluida la transición, y relegada la mortalidad juvenil a niveles insignificantes, la fecundidad debe desvincularse de la mortalidad y pasar a depender de decisiones individuales (situación que se implanta sólo muy recientemente en España).

Generalmente, se ha utilizado la mortalidad infantil ($_{1q0}$) como indicador de esta mortalidad. En el presente estudio se ha descartado esta opción por dos razones. Por un lado, puesto que podemos postular que las mujeres reaccionarían al número de hijos supervivientes más que a la mortalidad infantil en sí, ceñirse exclusivamente a este indicador podría resultar engañoso²⁶. Esta

²⁴ La duración inferior de los intervalos intergenésicos después de la muerte de un lactante se ha puesto de manifiesto en numerosos estudios basados en la reconstrucción de familias (Henry, 1970: 104-105).

²⁵ A medida que se acelera el proceso de reducción de la fecundidad, ésta puede actuar, a su vez, como estímulo de descensos en la mortalidad infantil y maternal. Esta situación, no obstante, sólo se presenta cuando la reproducción está, por lo general, confinada a mujeres menores de 34 años de edad, situación inexistente en el período en cuestión (Trussell y Pebley, 1984). En todo caso, aun aceptando la posibilidad teórica de este tipo de causalidad, históricamente la direccionalidad establecida en el modelo ofrece pocas dudas.

²⁶ Se intentó su utilización en estos modelos y los resultados aconsejaron un cambio sustancial de planteamiento.

realidad es aún más evidente en el caso español, donde en muchas zonas del país la mortalidad juvenil ($4q_1$) es tan alta, o incluso más, que la mortalidad infantil. Por eso, el indicador elegido ha sido el de la mortalidad en los primeros cinco años de vida ($5q_0$). Los niveles de mortalidad se han calculado siempre antes del momento censal, ya que, según nuestro planteamiento teórico, las mujeres reaccionarían únicamente después de ver el número de hijos que hubiesen superado los momentos de mayor probabilidad de muerte²⁷. La distribución de $5q_0$ en España muestra claramente que las zonas de menor mortalidad corresponden a la cornisa cantábrica y a Cataluña (véanse mapas 17 y 18). Podemos esperar ver unas correlaciones altas y positivas entre mortalidad y nupcialidad, en especial en la medida en la que el régimen demográfico se asemeje a un régimen homeostático. Por otro lado, la correlación con la fecundidad tenderá a ser significativamente alta y positiva; siendo negativa con los ritmos de cambio de la fecundidad.

La *nupcialidad femenina* tradicionalmente se ha correlacionado negativamente con la intensidad de la fecundidad matrimonial, tanto en España como en otros países europeos (Reher, s. f. —a—)²⁸. Existen varias posibles razones para explicar una relación entre dos variables que, al menos técnicamente, no tienen nada que ver la una con la otra²⁹. Para empezar, es preciso señalar que tal relación se encuadra perfectamente dentro de un sistema demográfico gobernado por mecanismos de equilibrio. Cuando, por las razones económicas o demográficas que fuesen, era necesario que una sociedad aumentase su capacidad reproductora, existían dos caminos principales para realizar tal ajuste. Si se efectuaba a través de la nupcialidad se podría lograr un aumento en la natalidad, aun sin contar en absoluto con una reacción similar de la fecundidad legítima. De hecho, esto es lo que parece haber ocurrido en muchas sociedades preindustriales donde la nupcialidad tenía una gran variabilidad, mientras la fecundidad legítima apenas cambiaba (Wrigley y Schofield, 1981, 1983; Henry y Houdaille, 1978, 1979). ¿Por qué, entonces, una esperada correlación negativa? Otros factores tienen que existir que sean capaces de

²⁷ Dentro de los modelos de 1887 y 1900, $5q_0$ corresponde a la media entre 1860 y 1900, y en el de 1920 corresponde a 1910.

²⁸ Dentro de este estudio se ha utilizado el índice I_m , diseñado por Ansley y Coale para el Proyecto de Princeton, como indicador de la nupcialidad femenina. Para su cálculo con datos españoles, véase Reher (1986). Datos urbanos y rurales para los años 1887, 1900 y 1920. La distribución de la nupcialidad en España muestra una zona de valores bajos que comprende toda la cornisa cantábrica, León y, fuera de dicha región, Cádiz y Huelva (mapas 19 y 20).

²⁹ Puesto que en I_g no entran como población base sino las mujeres casadas, lógicamente el valor de dicho indicador no debe depender en absoluto del peso específico del *stock* de mujeres casadas dentro del total de mujeres (que no es otra cosa que nuestra forma de medir la nupcialidad). Conviene insistir de nuevo que I_g no pretende medir la reproducción final de las mujeres (que sí depende estrechamente de la edad al casarse), sino la intensidad de la fecundidad de las mujeres ya casadas.

convertir una relación entre dos variables, aparentemente inexistente, en otra claramente negativa.

Como es bien sabido, la nupcialidad tiene dos componentes: su calendario y su relativa intensidad. Mientras el grado de celibato definitivo parece ajeno a nuestro argumento, la duración del matrimonio no lo es en absoluto. En regímenes de alta nupcialidad, las mujeres tienden a casarse antes y, a igualdad de la mortalidad adulta, permanecen casadas más tiempo. Sin embargo, la intensidad de la fecundidad matrimonial —y, por supuesto, la descendencia final— dependía de los años en que permanecía casada una mujer. Y ello por varias razones. En zonas de nupcialidad intensa existía mayor número de mujeres casadas en edades muy jóvenes, momento en el que la esterilidad juvenil podía ser mayor. Además, distintos estudios históricos han mostrado que las concepciones prenupciales eran más frecuentes entre las mujeres que se casaban tardíamente que entre las que se casaban jóvenes. Por lo tanto, concebiblemente, el intervalo entre el matrimonio y el primer alumbramiento sería mayor en aquellas sociedades de nupcialidad intensa, con la consiguiente limitación de los niveles de fecundidad. Un ejemplo de esto puede ser la ciudad de Cuenca, donde el intervalo entre el matrimonio y el nacimiento del primer hijo de las mujeres casadas entre los 20 y los 24 años de edad era superior en más de 25 por 100 al de las mujeres casadas a una edad mayor, y el de las casadas antes de los 20 años es aún superior (Reher, 1983: 358). Por otra parte, aunque aquí las pruebas distan mucho de ser concluyentes, parece probable que la edad al último parto dependería en buena parte de la duración del matrimonio, siendo mayor cuanto menor tiempo llevara la mujer casada. ¿Por qué? Pues toda una serie de factores biológicos y psicológicos tendería a reducir la frecuencia del coito y, por tanto, la fecundabilidad de la mujer a medida que el período de matrimonio se alargaba. El resultado sería no sólo unas edades al último parto menores, sino unas tasas de fecundidad legítimas marcadamente inferiores, sobre todo después de los 30 años de edad³⁰. A pesar de su naturaleza de índice resumen, el indicador de fecundidad

³⁰ Aunque esta realidad no se da de forma invariable, sí que se presenta en un buen número de estudios microdemográficos. Dos ejemplos podrán bastar para formar una idea de estas diferencias.

Fecundidad matrimonial de mujeres casadas a 25-29 años dividida por fecundidad matrimonial mujeres casadas 20-24 años

	<i>Edad de la mujer</i>	
	<i>30-34</i>	<i>35-39</i>
Cuenca, siglo XVIII	125	111
Trois Villages	116	111

FUENTES: Reher, 1983: 341; Ganiage, 1963: 134.

matrimonial utilizado en este estudio (I_g), por su misma estructura, tiende a recoger estas divergencias en la fecundidad a distintas edades. Todo ello conduce a la relación negativa que podemos esperar entre nupcialidad y fecundidad.

Por otra parte, la nupcialidad misma recibirá una clara influencia de la mortalidad siempre y cuando funcione un régimen demográfico más o menos homeostático, ya que la nupcialidad se terminaría ajustando a los niveles de mortalidad a fin de asegurar la capacidad reproductora de la sociedad. Como ya se ha dicho, ésta constituía el mecanismo más tradicional de regulación de la reproducción, aun a pesar de que niveles altos de nupcialidad tendían a neutralizarse, en parte, mediante una fecundidad matrimonial más baja. No obstante, y a medida en que descendiera la mortalidad o existiesen síntomas de control consciente de la fecundidad, la nupcialidad estaría cada vez menos sujeta a la mortalidad y cada vez más a factores de índole claramente económico o cultural. De este modo entrarían como determinantes importantes de la nupcialidad la estructura de la población activa, la razón de actividad, las pautas migratorias (en especial cuando fuesen selectivas por sexo) y, naturalmente, el mercado matrimonial.

B) *Resultados*

Los modelos explicativos de la fecundidad matrimonial (I_g) rural, a lo largo del período que aquí se considera, muestran una considerable consistencia. Hemos de entender que dicha consistencia emana de la estabilidad o evolución razonable de las fuerzas explicativas de la variable dependiente en los tres años a los que se aplicó el modelo: 1887, 1900 y 1920. La varianza explicada de la fecundidad matrimonial es suficientemente alta como para que podamos admitir la pertinencia de los modelos: 62 por 100 en 1887, 74 por 100 en 1900 y 85 por 100 en 1920³¹.

Las variables que, de una forma directa o inmediata, explican con mayor fuerza la fecundidad matrimonial rural española entre 1887 y 1920 son: el nivel de la nupcialidad (incidencia negativa y decreciente entre 1900 y 1920), la mortalidad juvenil de 0 a 5 años (influencia positiva y en aumento de 1887 a 1900), la razón de población masculina en edades activas (influencia negativa

³¹ Compárense estos resultados con los que traen otros autores: en Italia se explica 22 por 100 (1881), 32 por 100 (1911) y 71 por 100 (1931) (Livi Bacci, 1977: tabla 5.4); Alemania, 60 por 100 (Knodel, 1974: tabla 6.8). Debido a un efecto de colinearidad de la nupcialidad y la fecundidad matrimonial en 1900 se realizaron de nuevo las aplicaciones del modelo sin la variable nupcialidad para los tres años. Los resultados no variaron en nada salvo por lo que afecta a la desaparición de la nupcialidad de los modelos explicativos, de modo que a pesar de dicha colinearidad en 1900 se prefirió presentar los modelos originales con la nupcialidad incluida. La importancia de esta variable en la explicación de la fecundidad matrimonial quedará patente en esta parte de nuestro trabajo.

y creciente de 1887 a 1900), el nivel de analfabetismo (explicación negativa y descendiente de 1887 a 1900) y, muy levemente, la urbanización en 1887 y 1920 (influencia positiva) (véanse matrices 1, 2 y 3, y diagramas 1, 2 y 3).

La varianza explicada en la aplicación del modelo a la caída de la fecundidad en todo el período es del 68 por 100³². Los factores explicativos de la caída de la fecundidad matrimonial entre 1887 y 1920 son: la razón de población masculina en edades activas (0,873), la mortalidad juvenil (0,566), el nivel de nupcialidad femenina (0,423) y, muy levemente, la proporción de jornaleros (-0,341).

1. *El nivel de la nupcialidad femenina.*

Los modelos obtenidos de la fecundidad matrimonial confirman de forma muy significativa la hipótesis establecida en el apartado anterior de una relación negativa entre nupcialidad y fecundidad matrimonial. En la España rural se cumple, pues, que a mayor proporción de mujeres casadas en edades fértiles (15 a 49 años), menor fecundidad matrimonial. La relación entre ambas variables es el efecto de la existencia de dos regímenes demográficos tradicionales: los llamados de baja y alta presión, respectivamente. El régimen de baja presión tendría su ejemplo más paradigmático en la cornisa cantábrica y se caracterizaría por bajos niveles de nupcialidad y alta fecundidad matrimonial. El sur —régimen de alta presión— de la Península presentaría las características opuestas. En el caso concreto de la España rural las altas fecundidades matrimoniales se combinan con tasas brutas de natalidad bajas —y viceversa—, lo que es únicamente reflejo de la importancia de la nupcialidad en la determinación de la reproducción. Estas relaciones empezarían a cambiar cuando el grado de control de la fecundidad dentro del matrimonio se hiciera tan fuerte que se tendiera a neutralizar la importancia de la nupcialidad de cara a la natalidad.

Así, pues, en España se dibujarían dos grandes zonas, donde el crecimiento moderado de la población estaría garantizado de forma diferente. En la de baja presión se controlaría la reproducción a través de una nupcialidad reducida (tanto en la proporción de las mujeres casadas como en el retraso relativo de la edad media al casarse) y por la posibilidad de emigración. En el Sur, por el contrario, dicho control se realiza a través de una fecundidad matrimonial limitada y por el freno positivo de la mortalidad infantil³³.

³² Antes de comentar los resultados obtenidos hay que decir que el relativo fracaso de la aplicación del modelo en la caída de la fecundidad matrimonial para cada uno de los años (1887, 1900 y 1920) se debe al comportamiento azaroso de la variable dependiente en espacios temporales de veinte años y en una época en la que sólo una pequeña parte de la España rural había iniciado la transición demográfica.

³³ Esto, evidentemente, no equivale al «control de la natalidad», que se entiende ligado a una decisión individual acerca del número de hijos a tener.

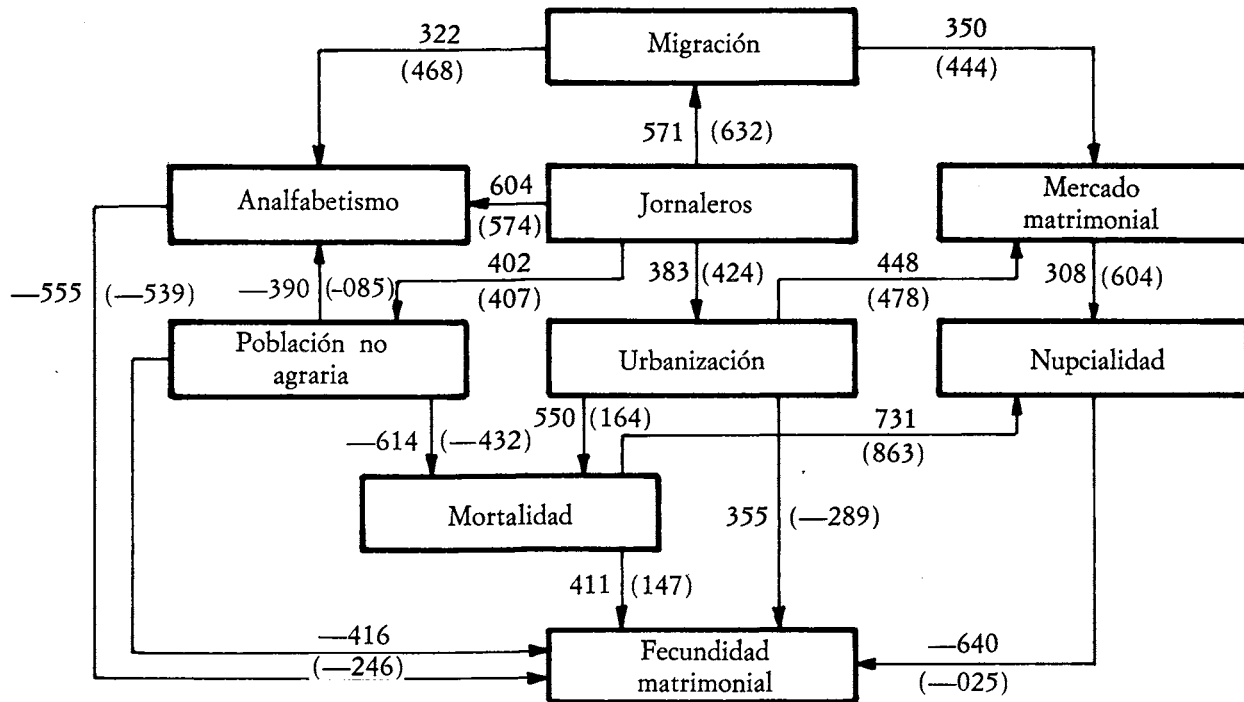
Matriz de betas y de correlaciones simples para fecundidad matrimonial rural, 1887

	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1
Jornaleros (11)		402 (402*)	571 (632*)	383 (695*)	370 (518*)	-083 (280)	604 (574*)	098 (608*)	-070 (-066)	-128 (090)	-093 (-477*)
Pob. no agr. rural (10).			162 (377*)	138 (442*)	-087 (-025)	-253 (026)	-390 (-085)	-090 (173)	-614 (-432*)	035 (-258)	-416 (-246)
Migración (9)				398 (697*)	219 (324)	350 (444*)	322 (468*)	-041 (453*)	—	000 (356*)	136 (-375*)
Urbanización prov. (8).					-445 (226)	448 (474*)	-129 (338*)	497 (590*)	550 (130)	000 (223)	355 (-289)
Razón act. masculina (7).						-213 (378*)	-202 (055)	297 (584*)	—	-032 (-152)	-272 (-497*)
Mercado matr. (6)							—	—	—	308 (684*)	—
Analfabetismo (5)								047 (332*)	-088 (055)	-010 (239)	-555 (-539*)
Secularización prov. (4).									—	126 (193)	-273 (-513*)
$5q_0$ (3)										731 (863*)	411 (147)
Nupcialidad (I_m) (2) ...											-640 (-025)
Fecun. matr. (I_g) (1) ...											
Múltiple R		402	650	778	412	591	687	671	588	932	787

NOTAS: El asterisco (*) indica que la correlación es significativa para $p = 0,01$.
Entre paréntesis, correlaciones simples. Sin paréntesis, betas.

GRAFICO 1

Fecundidad matrimonial rural, 1887



NOTA: Sólo se incluyen las relaciones (betas) que directa o indirectamente explican la variable dependiente en más de 0,300 (ó -0,300). Entre paréntesis, correlaciones simples; sin paréntesis, betas.

Matriz de betas y de correlaciones simples para fecundidad matrimonial rural, 1900

	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1
Jornaleros (11)		402	595	320	207	-153	561	242	-150	-167	013
		(402*)	(651*)	(681*)	(445*)	(321)	(565*)	(608*)	(-085)	(048)	(-396*)
Pob. no agr. rural (10).			140	267	-087	-158	-493	-013	-661	057	-210
			(377*)	(532*)	(101)	(131)	(-106)	(282)	(-429*)	(-324)	(-110)
Migración (9)				396	596	244	340	-057	-	047	276
				(703*)	(576*)	(481*)	(483*)	(526*)	-	(279)	(-424*)
Urbanización prov. (8).					-065	586	058	376	538	-056	215
					(420*)	(561*)	(352*)	(611*)	(058)	(186)	(-316)
Razón act. masculina (7).						049	-118	166	-	-161	-679
						(458*)	(230)	(459*)	-	(300)	(-507*)
Mercado matr. (6)							-	-	-	335	-
										(614*)	-
Analfabetismo (5)								115	-059	175	-389
								(416*)	(120)	(204)	(-527*)
Secularización prov. (4).									-	099	-051
										(354*)	(-442*)
s^2_0 (3)										760	825
											-1.03
Nupcialidad (I_m) (2) ...										(751*)	(-176)
											(-412*)
Fecun. matr. (I_g) (1) ...											
Múltiple R		402	663	802	671	635	727	684	558	917	859

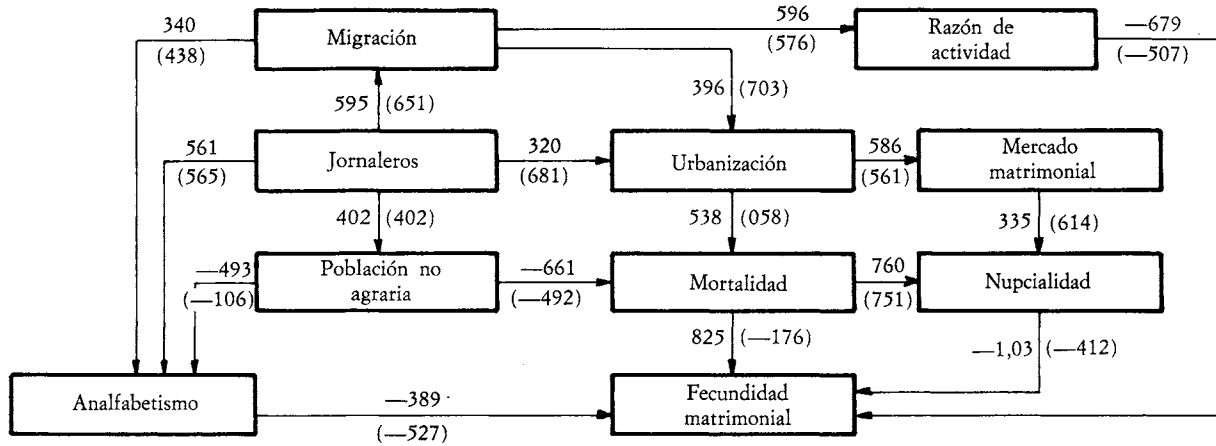
NOTAS: La beta entre nupcialidad y fecundidad legítima es una colinearidad que se ha mantenido dentro de la matriz a efectos de comparación con las otras matrices.

El asterisco (*) indica que la correlación es significativa para $p = 0,01$.

Entre paréntesis, correlaciones simples. Sin paréntesis, betas.

GRAFICO 2

Fecundidad matrimonial rural, 1900



NOTA: Sólo se incluyen las relaciones (betas) que directa o indirectamente explican la variable dependiente en más de 0,300 (ó —0,300). Entre paréntesis, correlaciones simples; sin paréntesis, betas.

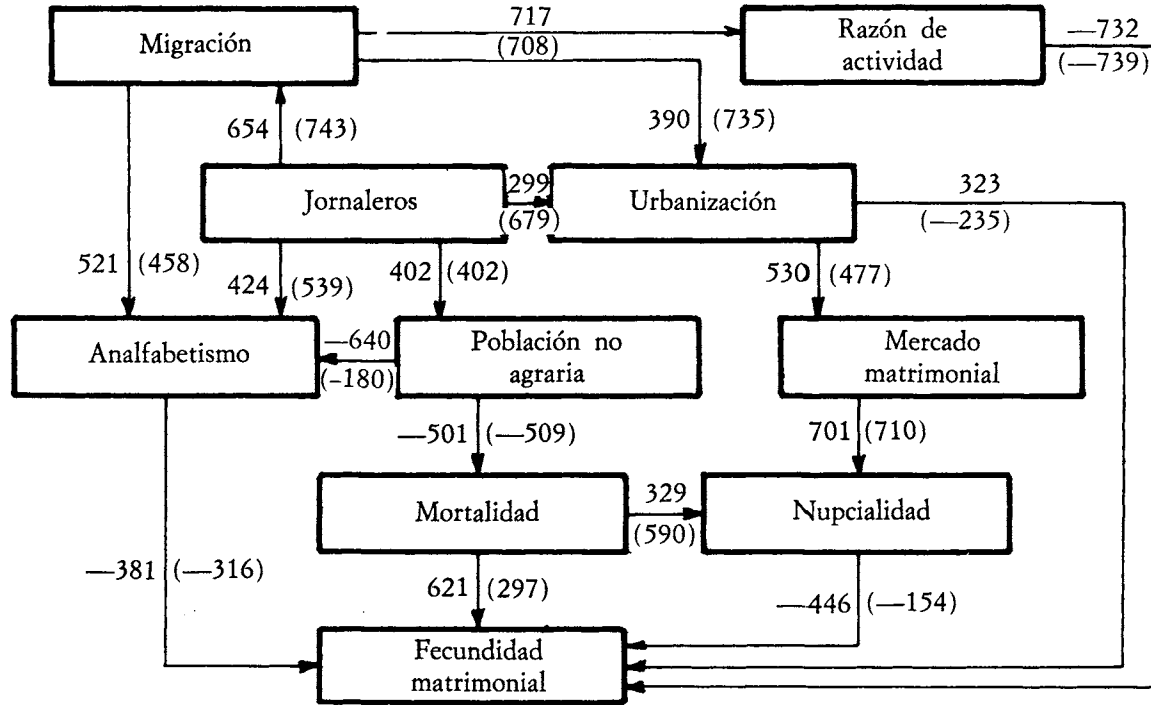
Matriz de betas y de correlaciones simples para fecundidad matrimonial y cambio fecundidad matrimonial en zonas rurales, 1920

	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1	1 α
Jornaleros (11)		402 (402*)	654 (743*)	299 (679*)	028 (525*)	-045 (325)	424 (539*)	172 (581*)	-229 (-141)	-215 (143)	197 (-345*)	-345 (103)
Pob. no agr. rural (10).			237 (483*)	241 (536*)	-027 (300)	-283 (045)	-640 (-180)	-273 (262)	-510 (-509*)	-040 (-268)	-032 (-180)	-079 (084)
Migración (9)				390 (735*)	717 (708*)	054 (401*)	521 (458*)	391 (623*)	—	112 (263)	000 (-500*)	-150 (258)
Urbanización prov. (8).					-018 (514*)	530 (477*)	108 (320*)	298 (625*)	237 (-125)	-116 (139)	323 (-235)	-047 (113)
Razón act. masculina (7).						191 (348*)	-176 (231)	251 (484*)	—	-020 (156)	-732 (-739*)	886 (598*)
Mercado matr. (6)							—	—	—	701 (710*)	—	—
Analfabetismo (5)								-162 (284)	234 (299)	084 (356*)	-381 (-316)	269 (151)
Secularización prov. (4).									—	032 (183)	-073 (-422*)	-149 (238)
5 q_0 (3)										329 (590*)	621 (297)	-553 (-209)
Nupcialidad (I_m) (2) ...											-446 (-154)	398 (155)
Fecun. matr. (I_g) (1) ...												
Cambio fecun. matrimonial (1887-1920) (1 α).												
Múltiple R		402	779	790	712	555	774	773	582	862	923	828

NOTAS: El asterisco (*) indica que la correlación es significativa para $p = 0,01$.
Entre paréntesis, correlaciones simples. Sin paréntesis, betas.

GRAFICO 3

Fecundidad matrimonial rural, 1920



NOTA: Sólo se incluyen las relaciones (betas) que directa o indirectamente explican la variable dependiente en más de 0,300 (ó —0,300). Entre paréntesis, correlaciones simples; sin paréntesis, betas.

Dentro de nuestro modelo, la explicación del nivel de la nupcialidad se realiza desde las variables «mortalidad juvenil» y «mercado matrimonial»³⁴. La mortalidad juvenil explica la nupcialidad de forma positiva en los tres años (0,731 en 1887, 0,760 en 1900 y 0,329 en 1920). La alta nupcialidad está posibilitada en parte por el freno positivo de la mortalidad juvenil sobre la reproducción.

El otro factor explicativo del nivel de nupcialidad femenina es la situación del mercado matrimonial. A mayor proporción de varones en las cohortes que rodean la Edad Media al primer matrimonio, la nupcialidad femenina será más alta (0,308 en 1887, 0,335 en 1900 y 0,701 en 1920)³⁵. De una reducida fuerza explicativa sobre la nupcialidad femenina en 1887, el mercado matrimonial pasa a ser el principal factor explicativo del nivel de nupcialidad femenina en 1920. El mercado matrimonial muestra en todo el período un mayor equilibrio en el Sur, lo que indudablemente es el efecto de una menor emigración relativa (en este caso entre la población joven).

El desequilibrio del mercado matrimonial en las zonas rurales de mayor emigración revela fehacientemente la existencia de una emigración selectivamente masculina de las poblaciones jóvenes³⁶. La emigración incide sobre la fecundidad matrimonial, empujándola al alza, a través de variables como el mercado matrimonial (desequilibrándolo a favor de las mujeres) y la nupcialidad (al disminuir la posibilidad que tienen las mujeres para casarse). Sin descartar la incidencia que tienen las pautas culturales (normatividad) en los comportamientos nupciales, es también evidente que el acto de casarse es, por otra parte, un problema de «oportunidad».

En 1920, todo este mecanismo, como se recalcará después, se está empezando a romper, poniéndose las bases para un nuevo tipo de control de la reproducción final basado directamente en la fecundidad dentro del matrimonio, al margen de la nupcialidad y, por tanto, del mercado matrimonial (Henry y Houdaille, 1978, 1979).

La *nupcialidad*, por otra parte, explica positivamente la caída de la fecundidad matrimonial rural. Esta relación, como se ha dicho, no hace sino expresar el mecanismo de equilibrio entre nupcialidad y fecundidad matrimonial del

³⁴ Recordamos que el indicador de esta última variable es una razón de masculinidad en los cinco años que rodean la edad media al casarse en cada área rural provincial. Un más alto valor del indicador expresa, por lo tanto, una mayor presencia de varones.

³⁵ En las zonas rurales, una mayor proporción de varones en las edades cercanas a la edad media al contraer el primer matrimonio significa, como se ha visto por los valores que adquiere esta variable (mapa 14), un mayor equilibrio en el mercado matrimonial, pues las zonas rurales tienen en este período una carencia sistemática de varones en las edades «más propias» para contraer matrimonio.

³⁶ Entre otros factores, aquí se podría observar el efecto del cumplimiento del servicio militar; hecho que probablemente fundamenta una parte de la diferencia en la razón de masculinidad a edades jóvenes que se produce en las diferentes zonas rurales de España. Lo afirmado no implica, sin embargo, que dentro del conjunto de la población la estructura de las migraciones sea predominantemente masculina.

régimen demográfico tradicional. Nos parece que una transición demográfica verdadera supone la liberación de la nupcialidad de su papel tradicional y, por tanto, en su relación con la fecundidad matrimonial. En la aplicación de los modelos para la caída de la fecundidad matrimonial para los períodos 1860-1887, 1887-1900 y 1900-1920 se ha podido constatar cómo en 1887 hay una fortísima fuerza explicativa de la nupcialidad femenina sobre la caída de la fecundidad (colinearidad), que baja mucho en 1900 y desaparece en 1920. Así, pues, en 1887 funciona a la perfección este mecanismo típico de los sistemas demográficos tradicionales, mecanismo que pierde fuerza en 1900 y desaparece en 1920, cuando los primeros pasos de la transición ya se anuncian.

En este sentido, es muy interesante destacar que en las zonas donde más sube la fecundidad matrimonial entre 1860 y 1900 son precisamente las zonas donde es más baja la nupcialidad matrimonial. En la cornisa cantábrica, por ejemplo, la nupcialidad femenina desciende, entre 1887 y 1900, el doble que en la media nacional (7,3 por 100 frente a un 3 por 100 de media). El descenso se produce por el incremento del desajuste en el mercado matrimonial provocado por la emigración, sesgada a favor de los varones. Dentro del mecanismo homeostático, este descenso de la nupcialidad femenina termina causando un incremento de la fecundidad matrimonial, hecho que ocurre, efectivamente, en la cornisa cantábrica durante el referido período. Sin embargo, ya en 1920 la nupcialidad se está empezando a independizar de su papel respecto de la fecundidad matrimonial dentro del sistema demográfico tradicional. Por eso, y a pesar del hecho de que la nupcialidad femenina sigue descendiendo en toda España, la fecundidad matrimonial no sólo no se incrementa, sino que inicia descensos incluso en algunas partes de la cornisa cantábrica (véase mapa 7).

2. *La mortalidad juvenil y el triángulo homeostático.*

La mortalidad tiene una fuerza explicativa permanente y positiva, en los tres años, sobre la fecundidad marital: a mayor mortalidad a jóvenes edades, mayor fecundidad (0,411, 0,825 y 0,621 en 1887, 1900 y 1920, respectivamente). Este es, indudablemente, un resultado esperado. Si la mortalidad juvenil no desciende no puede haber una definitiva y verdadera transición demográfica. Así, cuando la mortalidad aumenta, el sistema reacciona incrementando la fecundidad. Tal y como se dijo en la primera parte de este escrito, dicha relación tiene, cuando menos, dos fundamentos importantes: por un lado, se trataría de un mecanismo estructural que pasa por la interrupción de la lactancia al morir un niño de corta edad, con lo que la mujer queda de nuevo en disponibilidad para ser fecundada, y, por otro lado, en tanto que la mortalidad juvenil no descienda, los matrimonios no experimentarán un aumento en el número de hijos supervivientes y, por tanto, habrá pocas ra-

zonas para tomar medidas contra una excesiva descendencia, que por término medio no existe³⁷.

La mortalidad en la infancia se explica poco dentro de nuestro modelo, dado el tipo de variables que en él entran. Podemos, sin embargo, mencionar a la «población no agraria de las zonas rurales» variable que sí guarda una relación con la mortalidad. La relación entre ambas variables es negativa: a mayor proporción de población no agraria rural, menor mortalidad juvenil. Asimismo, el nivel de urbanización incide positiva y significativamente sobre la mortalidad en 1887 y 1900 (0,550 y 0,538, respectivamente).

Mortalidad juvenil, nupcialidad y fecundidad marital forman el triángulo homeostático tradicional. Ya se han visto sucesivamente las líneas de influencia entre nupcialidad femenina y mortalidad juvenil respecto de la fecundidad matrimonial. El triángulo implica también la relación entre la mortalidad juvenil y la nupcialidad femenina. Dicha relación existe en 1887 y 1900 (0,731 y 0,760), y de forma mucho más atenuada en 1920 (0,329). Este es un mecanismo muy importante del sistema demográfico tradicional y su parcial desaparición en 1920 podría significar la preparación para la transformación de unos comportamientos demográficos tradicionales en otros de tipo más moderno³⁸. Esta línea de influencia muestra que el nivel de nupcialidad dependería positivamente en un alto grado del nivel de la mortalidad juvenil, como ya se dijo. En las zonas de baja presión demográfica la nupcialidad parecería ser la variable más flexible a la hora de condicionar la descendencia final, mientras que en las de alta presión la variable más flexible sería la fecundidad matrimonial —en conjunción con la mortalidad— (Pérez Moreda y Reher, 1986; Wrigley y Schofield, 1981). Desde un punto de vista estructural, la mortalidad tendría, pues, efectos contradictorios sobre la fecundidad matrimonial. Por un lado, la estimularía directamente al alza, mientras que, por otro, la deprimiría a través de la nupcialidad. Este triángulo no es cerrado, sin embargo, y recibe, como hemos visto, numerosas influencias externas de índole económica, social o cultural. Por ello, su funcionamiento no puede, ni debe, explicarse exclusivamente en términos de mecanismos demográficos.

³⁷ La corroboración de la relación positiva entre mortalidad juvenil y fecundidad para ciertas zonas rurales de España es muy interesante, ya que a primera vista da la impresión de ser otra muy diferente. Una observación empírica superficial de la distribución geográfica de los niveles de mortalidad juvenil rural y su cruce con el mapa de los niveles de fecundidad matrimonial nos muestra que las zonas rurales con más bajas mortalidades juveniles (cuadrante noroeste) coinciden con las zonas de más altas fecundidades matrimoniales, y, por tanto, podríamos deducir que la hipótesis de una relación positiva entre mortalidad juvenil y fecundidad marital es falsa en el caso español. Sin embargo, cuando se controla el resto de variables del modelo aquí presentado aparece claramente la veracidad de la hipótesis, confirmándose uno de los más fundamentales mecanismos del sistema demográfico tradicional. El hecho de que las correlaciones simples entre ambas variables sean, en los tres años, prácticamente nulas no hace más que esconder este mecanismo real del sistema demográfico tradicional.

³⁸ Como ya se mencionó, esta nueva pauta va acompañada en 1920 por un descenso de la incidencia de la nupcialidad sobre la fecundidad matrimonial.

La disminución de la relación entre mortalidad juvenil y nupcialidad que se produce en 1920 es (como en el caso de la disminución de la relación entre nupcialidad y fecundidad matrimonial) altamente reveladora por cuanto señala también el comienzo de la desaparición del sistema demográfico vigente. Encontrar un área rural española con una baja mortalidad juvenil y una alta nupcialidad sería encontrar la zona preparada para la transición demográfica. Esa zona existe incluso antes de 1900, y es Cataluña. La nupcialidad está liberada de los corsés que aún la presionan en el resto de las zonas rurales de España. La transición demográfica supone el control de la reproducción final, sin que este control se realice por la vía de la nupcialidad, sino a través de la fecundidad matrimonial. Ello implica que la mortalidad juvenil ha descendido lo suficiente como para que las familias —los padres— decidan tomar medidas de control de la fecundidad para evitar una prole excesivamente numerosa. Al incidir el control directamente sobre la fecundidad matrimonial, la nupcialidad deja de desempeñar su papel tradicional y pasa a estar sujeta a otros determinantes.

Como era de esperar, la *mortalidad juvenil* explica la caída de la fecundidad matrimonial rural en un sentido negativo. A mayor mortalidad juvenil, menor caída de la fecundidad. Es decir, las altas tasas de mortalidad juvenil terminan siendo un freno muy fuerte a la caída de la fecundidad matrimonial y, por tanto, a la realización de la transición demográfica. A tal punto resulta esta relación importante en todos nuestros modelos rurales que puede afirmarse que, dentro del contexto de Europa occidental, España sufrió un retraso relativo en la realización de la transición demográfica debido en buena parte a sus altos niveles de mortalidad infantil y juvenil. De nuevo estamos ante la importancia de la mortalidad como elemento clave de todo el sistema demográfico y de su evolución. Es de lamentar que en estos modelos no se recogen sino muy indirectamente sus determinantes. No obstante, es preciso citar no sólo el relativamente bajo nivel de vida, producto, a su vez, de una modernización económica sólo modesta, junto con factores relacionados con los niveles sanitarios, la higiene infantil, la educación de las madres y el régimen alimenticio de los niños (Pérez Moreda y Gómez Mendoza, 1985; Martínez Carrión, 1986; Sánchez Albornoz, 1985). Tampoco se puede desdeñar la importancia del clima de verano (más cálido precisamente en las regiones de mayor mortalidad), junto con las enfermedades gastrointestinales, que son las más mortíferas para niños, especialmente los que han superado el período de lactancia, entre los 3 meses y 2 años de edad (Pérez Moreda y Reher, 1986; Pérez Moreda, 1981; Knodel y Kintner, 1977). En este sentido es importante insistir en el cada vez más rápido declive en esta mortalidad infantil y juvenil, después de aproximadamente 1900-1905, como motor de una caída de la fecundidad que sólo se inicia en la mayoría de las regiones bastante después de 1900 (Gómez Redondo, 1987; Dopico, 1985; Reher, s. f. —a—). Es interesante destacar que la mortalidad juvenil media de 1860 y 1900 es superior

en las zonas rurales catalanas que en la media nacional (425 por 1.000 frente a 372), pero la velocidad de caída entre esa media y la de 1910 es muy superior en Cataluña (32 por 100 frente a 14 por 100 como media nacional), quedando la media española en 320 por 1.000 y la catalana en 290 por 1.000

3. *Nivel masculino de actividad.*

La proporción de población masculina en edades activas (nivel masculino de actividad) es otro factor importante en la explicación de la fecundidad. A mayor nivel masculino de actividad, menor fecundidad marital. Esta relación aparece en 1900 ($-0,679$) y se mantiene en 1920 ($-0,732$). Como ya se dijo, el nivel de esta variable es cada vez más el resultado de factores económicos y cada vez menos de factores demográficos. En este sentido es de destacar que la influencia del saldo migratorio sobre esta variable —influencia de tipo positivo— va creciendo desde 1887 a 1920 (de 0,398 a 0,717).

Sin embargo, la explicación de esta variable económica no es simple. Una zona puede tener una alta razón de actividad masculina en función, sobre todo, de un bajo nivel de emigración. Sin embargo, sabemos que en España existen zonas donde este indicador tiene valores relativamente altos en función no de su desarrollo económico, sino de la falta de oportunidades para emigrar a otras áreas (por ejemplo, el Suroeste). Esta situación implica la existencia de presión demográfica sobre el mercado laboral³⁹. En este tipo de área se puede esperar una restricción de la fecundidad matrimonial, dada la no existencia de una salida migratoria que pueda aliviar la presión demográfica. Puesto que aquí la nupcialidad, debido, entre otras cosas, al equilibrio del mercado matrimonial, ofrece resistencia a una disminución sustancial, es lógico que la fecundidad matrimonial sea baja. Incluso es probable que la falta de oportunidades de migración sea el fundamento de que en estas áreas el sistema demográfico se caracterice por una fecundidad matrimonial, una nupcialidad femenina (e incluso una mortalidad juvenil) relativamente más bajas que en las regiones de su entorno.

En las áreas de desarrollo económico (como Cataluña), las altas razones masculinas de actividad también tienen que ver con buenos saldos migratorios, pero en este caso provocados por la actividad económica de la región y por la existencia en su mundo rural de pequeñas ciudades industriales. Las altas razones de población masculina en edades activas —indicador aquí de dinamismo económico— son un factor de modernización que termina incidiendo negativamente sobre la fecundidad. Naturalmente que una fecundidad matri-

³⁹ La consecuencia evidente de una situación de una abundante mano de obra en una zona de escaso desarrollo económico conduce irremediabilmente a un nivel de vida inferior (bajos salarios), como parece darse en el sur y el suroeste peninsular (Malefakis, 1971: 126-160).

monial baja, en la medida en que incide en la natalidad total, contribuye también a explicar una baja razón de actividad. Es decir, la transición demográfica, que se inició en Cataluña ya en el siglo XIX, causó el estrechamiento de la base de la pirámide de edades, que, a su vez, reforzaba las tendencias ya aludidas. En buena parte de Cataluña los efectos de esta variable sobre la fecundidad matrimonial se asemejarían a los que ejercería una progresiva industrialización. En el mundo rural aumentaría el trabajo asalariado y se iría concentrando la población en pequeños núcleos urbanos (que siempre se habían distinguido por tener una fecundidad menor). El conjunto de estos y otros factores relacionados forzaría un descenso continuado de la fecundidad.

En el cuadrante noroeste (cornisa cantábrica y Castilla la Vieja-León), las bajas proporciones de población masculina en edades activas se deben a saldos migratorios negativos, con el corolario de un mercado laboral sin fuertes presiones demográficas. Esto, unido a factores como el bajo nivel de nupcialidad, que en parte responde también a las mismas pautas emigratorias y al desequilibrio entre sexos que por ellas se produce, favorece una elevada fecundidad matrimonial. Puede señalarse que, en determinados casos, como el citado del cuadrante noroeste, las posibilidades de emigrar tienden a frenar la transición demográfica al disminuir la presión de la población sobre los recursos, impidiendo así la existencia de una necesidad perentoria para reducir la fecundidad matrimonial.

La razón masculina de actividad explica positivamente y con mucha fuerza la caída de la fecundidad matrimonial. Se pone así de manifiesto que niveles reducidos de varones en edades activas permiten sostener mayores fecundidades matrimoniales y, por tanto, actúan poderosamente para frenar, en este período, la caída de las mismas. Muy al contrario, en otras regiones, altas razones de población masculina en edades activas tenderían a colapsar el mercado laboral y, por tanto, a deprimir la fecundidad matrimonial. Ambos procesos parecen propios de regímenes demográficos tradicionales⁴⁰. En un tipo ya moderno de comportamiento demográfico, como sería el caso catalán y, en menor medida, el resto del Levante, los niveles de actividad serían indicio de dinamismo económico y, probablemente, de una cierta movilidad social, económica y geográfica. Estos elementos clásicos de «modernización» terminan conduciendo a la transición demográfica. No obstante, con la excepción del caso catalán y del resto del Levante, parece que en esta época la relación que se da en España entre la razón de población masculina en edades activas y la reducción de la fecundidad matrimonial es, más bien, otro ejemplo de los sistemas de equilibrio del régimen demográfico tradicional.

⁴⁰ Sus áreas rurales típicas en España serían la cornisa cantábrica (sin el País Vasco) y Andalucía occidental, respectivamente.

4. *El analfabetismo.*

El analfabetismo explica la fecundidad matrimonial en sentido negativo ($-0,555$, $-0,389$ y $-0,381$ en los sucesivos años). A pesar de que el descenso de la fuerza explicativa del analfabetismo sobre la fecundidad matrimonial entre 1887 y 1900 es signo de un cambio básico en los efectos de dicha variable sobre la fecundidad, en nuestros modelos sus relaciones, de tipo negativo, con la fecundidad son evidentes e implican una relación positiva entre el nivel de educación y la fecundidad.

Los factores explicativos del analfabetismo muestran una gran constancia en los modelos. La población no agraria rural (a mayor población no agraria, menor analfabetismo) explicaría las menores cotas de analfabetismo en las áreas industrializadas (como Cataluña o el País Vasco), dado que sus áreas rurales tienen una gran proporción de población no agraria. Y ello está ligado a la existencia, en estas zonas, de pequeñas ciudades industriales. Por otro lado, la proporción de jornaleros (a mayor cantidad de jornaleros, mayor analfabetismo) parecería ser decisiva para el alto porcentaje de analfabetos del sur de España. Las zonas donde existen pocos jornaleros son las que gozan de mayores niveles de alfabetización. Por otra parte, las zonas que tienen una menor emigración son también las más analfabetas.

Lo primero que se desprende de estos datos es que la mera alfabetización no supone, por sí, que la persona alfabetizada tome medidas de control de la fecundidad en sentido moderno. Nos inclinamos a pensar que siendo las zonas más alfabetizadas de la España rural aquellas cuya población emigra más fácilmente, aquellas con una menor nupcialidad, aquellas que tienen menores razones de población masculina en edades activas —de nuevo estamos ante la regionalización de los comportamientos demográficos—, es lógico que no reduzcan, por el hecho de estar más alfabetizadas, su fecundidad marital, pues las otras variables favorecen tasas de fecundidad matrimonial relativamente altas.

5. *La urbanización.*

Uno de los resultados más inesperados de nuestro trabajo ha sido el comportamiento del indicador de urbanización. Mientras, por un lado, su relación con las demás variables del modelo ha sido la esperada, no ha sido así con respecto a la fecundidad. La correlación simple con I_g ha sido discreta, pero negativa. Esta incidencia negativa puede apreciarse con más claridad dentro de los modelos por la relación a través de mercado matrimonial y nupcialidad. Es decir, a mayor grado de urbanización, mayor equilibrio del mercado matrimonial (los hombres no se veían forzados a emigrar fuera de la zona), mayor nupcialidad y menor fecundidad. Hasta aquí, bien. No obstante, la beta con I_g es ligeramente positiva en los tres años. Este resultado

indica una influencia débil, pero positiva, de la urbanización sobre la fecundidad de las zonas rurales, una vez *controlados los efectos del resto de las variables*⁴¹. Este resultado es altamente sorprendente y nos remite a una evaluación del significado exacto de la variable urbanización.

En cierto sentido, lo que habitualmente se entiende por urbanización (nupcialidad, migración, estructura ocupacional, alfabetización, etc.) está comprendido dentro del modelo y, por tanto, no puede entrar en la definición de dicha variable, en este caso. No obstante, es más que todo ello, y ese más incide positivamente sobre la fecundidad rural. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que aquí se está explicando la fecundidad rural y que el resultado del modelo dice que la fecundidad matrimonial de las zonas rurales de las áreas más urbanizadas debiera ser superior, a igualdad de condiciones, de todas las áreas en las demás variables. Ahora bien, las zonas más urbanizadas son las que menos emigran. Sin embargo, es previsible que dentro de las mismas haya movimientos migratorios en dirección, precisamente, de los pequeños núcleos urbanos enclavados dentro de las mismas. Por urbanizadas que sean, los niveles de fecundidad reflejados en nuestros datos siguen estando más influidos por las zonas verdaderamente rurales que por dichos pequeños núcleos urbanos⁴². Ocurre aquí lo mismo que en el conjunto del país, donde la emigración sirve de válvula de escape que contribuye a mantener alta la fecundidad. La emigración desde los pequeños núcleos de población hacia las pequeñas ciudades de su misma área terminaría actuando como acicate de la fecundidad matrimoniales de las zonas de partida⁴³.

C) *Algunas conclusiones preliminares*

La fecundidad matrimonial en el mundo rural español entre 1887 y 1920 está inmersa aún en el sistema demográfico tradicional, como se deduce de la persistencia del triángulo homeostático entre nupcialidad, mortalidad juvenil y fecundidad matrimonial. La función de las relaciones entre estas tres variables es el mantenimiento del crecimiento demográfico de las poblaciones en niveles soportables desde el punto de vista económico. Con alta nupcialidad, la limitación de la reproducción tiende a recaer principalmente sobre la fecundidad matrimonial, y con alta fecundidad matrimonial el control pasa a la nupcialidad. La mortalidad juvenil es el tercer elemento que entra en juego. Por un lado, si es alta tiende a elevar la nupcialidad o la fecundidad matrimonial —o una mezcla de ambas cosas—. La influencia de la mortalidad ju-

⁴¹ A igualdad de condiciones de todas las variables en todas las zonas.

⁴² Debido a la naturaleza de los datos, este tipo de migración pasa completamente inadvertido.

⁴³ Lo que se acaba de afirmar, si bien plausible, es completamente especulativo y no puede confirmarse a partir de nuestros datos.

venil sobre la fecundidad matrimonial es, pues, de doble sentido: positiva de forma directa (lo que es de esperar), pero negativa de forma indirecta a través de la nupcialidad (que también es de esperar), de ahí que la mera observación empírica de las relaciones aparentes entre estas dos variables presente tantas confusiones, e incluso no pueda ni siquiera apreciarse en el caso español entre 1887 y 1920.

Si bien es cierta nuestra primera afirmación de que el mundo rural español, en el período de tiempo aquí estudiado, estaba inmerso en el sistema demográfico tradicional, en 1920 se apunta una primera ruptura: por un lado, se debilita la fuerza explicativa de la mortalidad sobre la nupcialidad y, por otro, disminuye también la influencia de la nupcialidad sobre la fecundidad matrimonial. La nupcialidad se independiza de sus corsés tradicionales, lo que es un presupuesto clave para que pueda producirse la transición. En 1920, la única relación que permanece fuerte de las tres que forman el triángulo homeostático es la que liga mortalidad y fecundidad matrimonial. En esta situación bastaría que la mortalidad juvenil descendiera para que, inevitablemente, se produjera la transición.

Otro elemento importante para explicar la fecundidad, así como su caída, es la razón masculina de actividad. Indicador fundamentalmente económico que cobra fuerza a medida que se avanza hacia 1920. Una relativamente escasa razón masculina de actividad posibilita altas fecundidades. Siendo la razón de actividad una variable dependiente de las migraciones (a mayor emigración, menor razón masculina de actividad), entendemos cómo la emigración ha sido un mecanismo que permite altas fecundidades matrimoniales en el sistema demográfico tradicional debido a que liberaba recursos económicos en las zonas expulsoras de población. Además, las altas razones de actividad, dependientes en esencia de falta de emigración, presionaban la fecundidad a la baja, tanto si esa falta de emigración era consecuencia de un cierto desarrollo económico (acompañado de descensos de la fecundidad que podemos calificar de modernos) como si expresaba saturación del mercado laboral (acompañado de controles tradicionales sobre el crecimiento de la población). En definitiva, la migración —variable dependiente estrecha, pero no exclusivamente, de condicionamientos económicos— se alza como factor clave en la explicación de la fecundidad.

Los indicadores culturales han sido fuente de sorpresa dentro de nuestro estudio. En primer lugar, la secularización no se ha relacionado significativamente en ningún momento con ninguno de los indicadores claves. Aquí el problema fundamental parece residir en la construcción de un indicador que pretende recoger, en la medida de lo posible, no sólo una disminución de la influencia de la Iglesia católica, sino la emergente primacía del interés individual sobre el interés colectivo. El hecho de que el indicador se basa en la totalidad de la provincia (en vez de en la zona rural o urbana por separado) está situado fuera del período en cuestión (1936), y recoge las actitudes po-

líticas en vez de las actitudes vitales; ha hecho que nuestro indicador no funcione. Ahora bien, esto no pretende minimizar el papel desempeñado por la secularización en la transformación de la fecundidad, si bien, naturalmente, tampoco lo confirma.

En segundo lugar, el analfabetismo, aunque ha resultado ser uno de los factores de mayor peso específico en la explicación de la fecundidad matrimonial, se ha relacionado con ésta en el sentido contrario a como la teoría supone la relación entre educación y fecundidad. Veámos que una alfabetización de carácter tradicional no tiene por qué conducir a una baja fecundidad matrimonial, máxime cuando las zonas más alfabetizadas son las zonas de mayor emigración, menores razones de activos masculinos e incluso menor nupcialidad, todas ellas razones para mantener una alta fecundidad marital. También se destacaba una disminución de la influencia del analfabetismo sobre la fecundidad en 1920, lo que probablemente expresa la tendencia hacia la explicación negativa del nivel educativo sobre el comportamiento natalista (este punto quedará mucho más claro al hablar del mundo urbano). De todos modos, y a la luz de la experiencia española durante el período estudiado, el papel casi universal atribuido por muchos autores a la alfabetización y la educación como elementos disolventes de las actitudes tradicionales ante la fecundidad, resulta a todas luces injustificado (Cleland y Wilson, 1987; Caldwell, 1980; Lesthaeghe, 1983).

La sorprendente relación positiva, aunque ligera, de la urbanización sobre la fecundidad no expresa sino la misma relación que veíamos entre migración y fecundidad. Cuando una zona está más urbanizada y hay emigración desde las aldeas a las ciudades próximas, la fecundidad matrimonial en dichas aldeas tiende a disminuir. En cualquier caso, tanto el analfabetismo como la urbanización en sus influencias sobre la fecundidad marital no pueden dejar de entenderse en relación con la regionalización de los comportamientos demográficos.

II. EL MUNDO URBANO

Uno de los propósitos fundamentales de este estudio ha sido aislar el mundo rural y el mundo urbano a fin de poder apreciar el diferente juego de los condicionantes de la fecundidad dentro de cada uno de ellos. Como es bien sabido, tanto el hábitat de la ciudad como las estructuras sociales y económicas allí vigentes creaban un entorno social muy diferente al del campo. En la medida en la que estos factores diferenciales influyeran en el comportamiento humano, éste debería de desmarcarse de las pautas de conducta propias del mundo rural. De hecho, en otros estudios se ha podido observar la existencia de una fecundidad y nupcialidad urbanas marcadamente inferiores y

de una mortalidad superior que en las zonas rurales (Reher, 1986; s. f. —a—; Livi Bacci, 1977; Sharlin, 1986; Bardet, 1983; s. f.; Perrenoud, 1979; s. f.). Sin embargo, una vez abandonado el terreno de las generalidades, las razones para explicar esta realidad tan evidente son muy difíciles de precisar. En esta parte de nuestro estudio pretendemos aproximarnos en alguna medida a los factores diferenciadores entre los dos mundos.

A) *El modelo y sus variables: hipótesis*

Debido a la estructura de los datos disponibles, el mundo urbano analizado se refiere a las capitales de provincia. El modelo utilizado tiene idéntica estructura, pero varían tres de los indicadores que se refieren a la estructura ocupacional de las ciudades y a su tamaño (tabla 4). Las medidas y desviaciones típicas de los indicadores se pueden consultar en la tabla 5, y las ecuaciones de regresión, junto con el sentido esperado de las relaciones entre las diversas variables, se hallan en la tabla 6. Tanto el sentido como la interpretación de algunos de los indicadores son diferentes respecto de los que se dieron para el mundo rural. La explicación de estas alteraciones es el primer punto a abordar⁴⁴.

Es sabido que en el pasado las ciudades tenían una *fecundidad matrimonial* inferior a la de las zonas rurales que las rodeaban. Los datos que obran

TABLA 4

Variables que integran los modelos de fecundidad urbana

11	Población agraria	(PAGR)
10	Mujeres trabajadoras	(MUJTRA)
9	Migración	(MIG)
8	Tamaño ciudad	(POBURB)
7	Razón de actividad	(RAZACT)
6	Mercado matrimonial	(MERMAT)
5	Analfabetismo	(ANALF)
4	Secularización provincial	(SEC)
3	s_{90}	(MORT)
2	Nupcialidad	(NUP)
1	Fecundidad legítima	(FEC)
(1)	(Cambio fecundidad)	(CAMFEC)

⁴⁴ No vamos a repetir aquí las relaciones básicas entre las diversas variables y la fecundidad matrimonial, que ya se mencionaron en la parte dedicada al mundo rural. Simplemente se mencionarán las relaciones que presenten características específicas en las ciudades.

TABLA 5

Modelo urbano: medidas y desviaciones típicas de los indicadores

	Media			Desviación típica		
	1887	1900	1920	1887	1900	1920
Población agraria			182			173
Mujeres trabajadoras			181			73
Migración	1.060	1.060	1.103	151	151	211
Tamaño ciudad	52	63	88	78	107	149
Razón de actividad	166	160	157	18	18	21
Mercado matrimonial	83	81	79	14	17	11
Analfabetismo	53	48	37	13	13	13
Secularización provincial			37			12
${}_5q_0$	378	378	324	76	76	93
Nupcialidad	487	457	432	62	63	59
Fecundidad matrimonial	596	613	549	82	92	109
Cambio fecundidad	-5,5	-2,7	+9,9	23	11	12

NOTAS: Los siguientes indicadores se refieren a un solo año: población agraria y mujeres trabajadoras (1920) y secularización provincial (1936). Los valores de ${}_5q_0$ y de migración correspondientes a 1887 y 1900 son los mismos. Véase texto para una explicación más detallada.

Población agraria y mujeres trabajadoras se expresan en tantos por mil. Migración: el valor 1.000 expresa un saldo migratorio nulo; un valor por encima de 1.000 indica inmigración. Tamaño ciudad = en miles. Razón de actividad: población masculina en edades activas / población masculina en edades no activas. Mercado matrimonial: razón de masculinidad en torno a la edad media al casarse. Analfabetismo: porcentaje de población >10 años que no sabe leer ni escribir. Secularización: porcentaje de voto a la izquierda. ${}_5q_0$ = fallecidos entre 0 y 5 años por mil nacidos. Nupcialidad = I_m . Fecundidad matrimonial = I_g . Cambio fecundidad: el valor positivo indica descenso en porcentaje sobre el valor de partida.

en nuestro poder indican que, efectivamente, la fecundidad en las ciudades fue marcadamente inferior a la de las zonas rurales (Reher, 1986). En los tres años en que se basa nuestro estudio (1887, 1900 y 1920) la fecundidad matrimonial de las capitales de provincia fue sistemáticamente un 9 por 100 inferior a la de las zonas rurales. Esto implica que la evolución de I_g en ambas zonas fue igual y estuvo caracterizada por un leve aumento hasta 1900 (2,5 por 100), seguida por una caída entre 1900 y 1920 del 11 por 100. Por otro

TABLA 6

Modelo urbano: ecuaciones de regresión y signos esperados de las relaciones

Ecuación 1:	—	Pagr → Mujtra.
Ecuación 2:	— +	Pagr, Mujtra → Mig.
Ecuación 3:	— + +	Pagr, Mujtra, Mig → Poburb.
Ecuación 4:	— + + +	Pagr, Mujtra, Mig, Poburb → Razact.
Ecuación 5:	+ ? + ? ?	Pagr, Mujtra, Mig, Poburb, Razact → Mermat.
Ecuación 6:	+ — ? — —	Pagr, Mujtra, Mig, Poburb, Razact → Analf.
Ecuación 7:	— + + + + —	Pagr, Mujtra, Mig, Poburb, Razact, Analf → Sec.
Ecuación 8:	— + + +	Pagr, Mujtra, Poburb, Analf → Mort.
Ecuación 9:	+ — ? — + + ? ? +	Pagr, Mujtra, Mig, Poburb, Razact, Mermat, Analf, Sec, Mort → Nup.
Ecuación 10:	+ — — — — + — + —	Pagr, Mujtra, Mig, Poburb, Razact, Analf, Sec, Mort, Nup → Fec.
Ecuación 10 (b):	— + + + + — + + ?	Pagr, Mujtra, Mig, Poburb, Razact, Analf, Sec, Mort, Nup → Camfec.

lado, la distribución geográfica de los niveles de fecundidad urbana es muy similar a la ya descrita para el mundo rural (véanse mapas 21, 22 y 23).

Los dos indicadores económicos que se han introducido dentro del modelo urbano deben de ejercer una influencia opuesta sobre la fecundidad matrimonial. Por un lado, la *población agraria* será más importante precisamente en aquellas ciudades que todavía no han iniciado una transformación económica y donde, por lo tanto, existirán menos razones para que se dé una fecundidad baja (mapa 24). Las *mujeres trabajadoras*, por el contrario, serán relativamente más numerosas en aquellas ciudades industriales o de servicios. En estos dos tipos de ciudades, aunque por razones diferentes, la fecundidad debería ser menor. Finalmente, otros autores han observado una relación negativa entre el *tamaño de la ciudad* (variable también nueva en el modelo urbano respecto del rural) y la fecundidad (Sharlin, 1986: 253-257; Reher, 1986).

La *migración* tiene en el mundo urbano unos valores absolutos evidentemente contrarios a los que tenía en el mundo rural. Aquí los valores están por encima de 1.000, esto es, en casi todas las ciudades existe una inmigra-

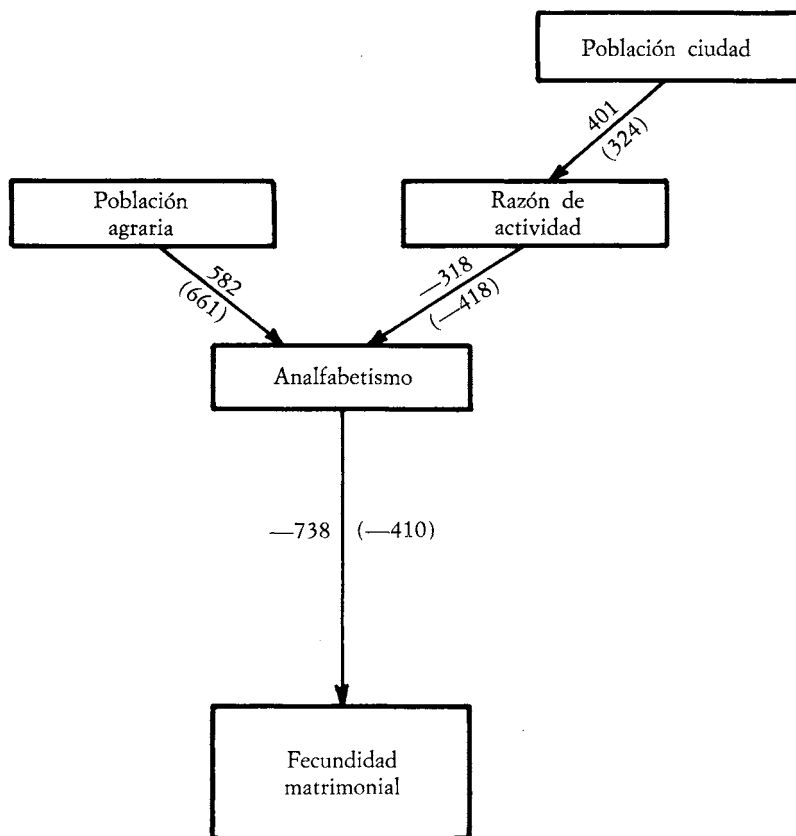
Matriz de betas y de correlaciones simples para fecundidad matrimonial urbana, 1887

	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1
Pob. agr. urbana (11).		-261	-351	-090	-246	470	582	134	031	000	236
		(-261)	(-411*)	(-205)	(-429*)	(388*)	(661*)	(152)	(-030)	(-411*)	(-114)
Mujeres trab. (10) . . .			231	100	119	-417	-180	-112	-104	078	-199
			(322)	(193)	(304)	(-393*)	(-345*)	(-086)	(-021)	(-365*)	(-069)
Migración (9)				217	132	257	163	-042	-	-071	128
				(286)	(386*)	(012)	(-212)	(039)	-	(-236)	(-029)
Tamaño ciudad (8) . . .					401	027	160	315	186	-127	-144
					(324)	(023)	(-111)	(412*)	(169)	(-110)	(-329)
Razón act. masculina (7).						195	-318	370	-	-337	-210
						(-012)	(-418*)	(221)	-	(-325*)	(-159)
Mercado matr. (6)							-	-	-	476	-
										(708*)	-
Analfabetismo (5)								285	-078		-738
								(213)	(-051)	(651*)	(-410*)
Secularización (4)									-	386	-186
										(450*)	(-385*)
s_0 (3)										269	-114
										(-018)	(-157)
Nupcialidad (I_m) (2) . . .											086
											(-128)
Fecun. matr. (I_g) (1) . . .											
Múltiple R		261	467	316	628	589	738	574	197	891	666

NOTAS: El asterisco (*) indica que la correlación es significativa para $p = 0,01$.
Entre paréntesis, correlaciones simples. Sin paréntesis, betas.

GRAFICO 4

Fecundidad matrimonial urbana, 1887



NOTA: Sólo se incluyen las relaciones (betas) que directa o indirectamente explican la variable dependiente en más de 0,300 (ó $-0,300$). Entre paréntesis, correlaciones simples; sin paréntesis, betas.

ción neta. En los mapas que se presentan puede observarse cómo, sin embargo, hay ciudades con saldos negativos, tanto en el período 1900-1910 como en 1910-1920, como es el caso de las pequeñas capitales de provincia que rodean Madrid o en el Sureste (mapas 25 y 26). Por otro lado, en el segundo período la inmigración neta se incrementa sustancialmente (de un 60 a un 103 por 1.000 de media), debido principalmente al desarrollo económico propio de

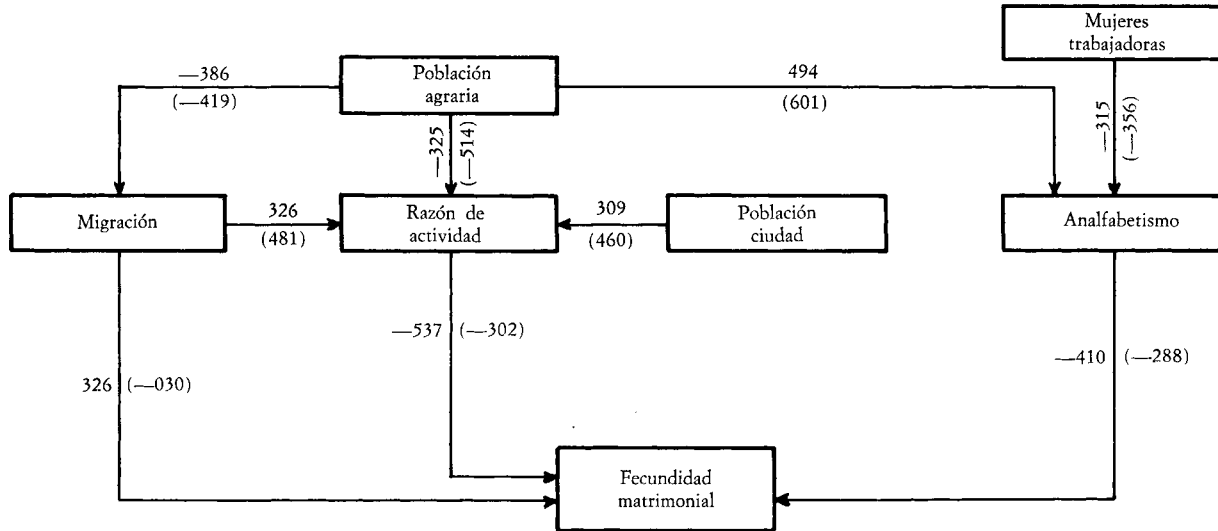
Matriz de betas y de correlaciones simples para fecundidad matrimonial urbana, 1900

	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1
Pob. agr. urbana (11).		-261	-386	-073	-325	419	494	259	059	-084	232
		(-261)	(-419*)	(-225)	(-514*)	(279)	(601*)	(160)	(-035)	(462*)	(048)
Mujeres trab. (10) . . .			173	268	-059	-355	-315	000	-170	-011	-154
			(321)	(323)	(183)	(-227)	(-356*)	(018)	(-049)	(-349*)	(-048)
Migración (9)				193	326	046	050	139	—	-089	326
				(275)	(481*)	(078)	(-244)	(214)	—	(-348*)	(-030)
Tamaño ciudad (8) . . .					309	112	236	319	201	-035	-076
					(460*)	(033)	(-065)	(446*)	(038)	(-057)	(-413*)
Razón act. masculina (7).						301	-206	360	—	-337	-537
						(195)	(-404*)	(304)	—	(-356*)	(-302)
Mercado matr. (6)							—	—	—	137	—
										(338*)	—
Analfabetismo (5)								363	-152	424	-410
								(317)	(-058)	(644*)	(-288)
Secularización (4)									—	274	-172
										(300)	(-481*)
s_0 (3)										251	-278
										(200)	(-428*)
Nupcialidad (I_m) (2) . . .											-227
											(-357*)
Fecun. matr. (I_g) (1) . . .											
Múltiple R		261	462	407	691	531	690	662	212	778	823

NOTAS: El asterisco (*) indica que la correlación es significativa para $p = 0,01$.
Entre paréntesis, correlaciones simples. Sin paréntesis, betas.

GRAFICO 5

Fecundidad matrimonial urbana, 1900



NOTA: Sólo se incluyen las relaciones (betas) que directa o indirectamente explican la variable dependiente en más de 0,300 (ó —0,300). Entre paréntesis, correlaciones simples; sin paréntesis, betas.

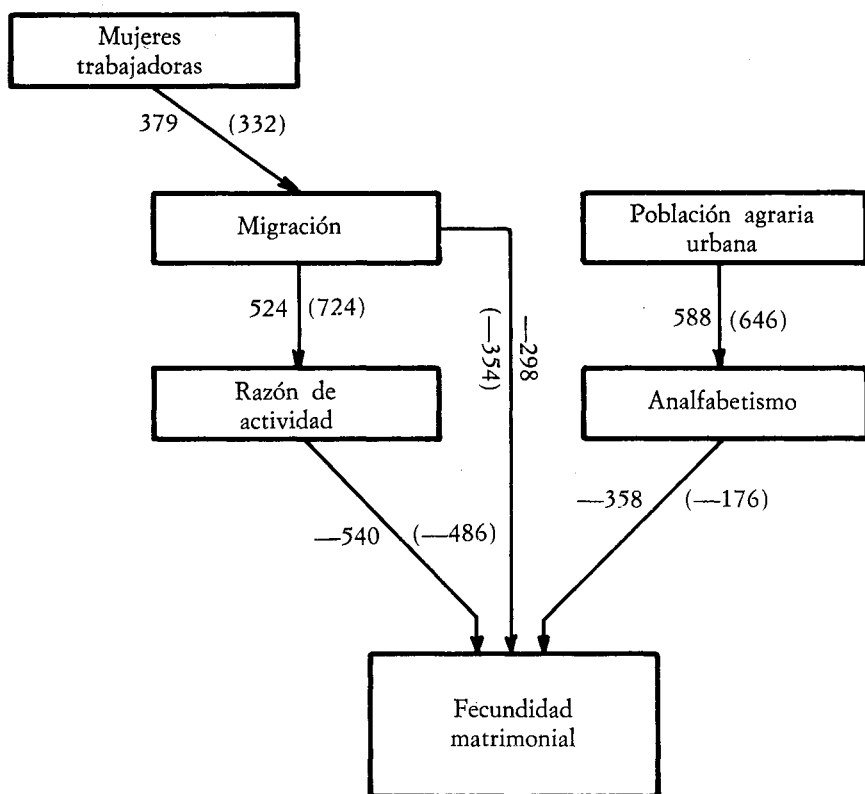
Matriz de betas y de correlaciones simples para fecundidad matrimonial y cambio fecundidad matrimonial en zonas urbanas, 1920

	11	10	9	8	7	6	5	4	3	2	1	1a
Pob. agr. urb. (11).		-261	-114	-138	-244	144	588	233	-027	-278	087	206
		(-261)	(-200)	(-232)	(-455*)	(076)	(646*)	(124)	(-011)	(342*)	(069)	(-221)
Mujeres trab. (10) ...			379	161	090	-657	-281	-155	-226	028	197	-156
			(332*)	(283)	(372*)	(-442*)	(-385*)	(003)	(-021)	(-467*)	(-080)	(163)
Migración (9)				251	524	109	-144	013	—	184	-298	540
				(345*)	(724*)	(183)	(-382*)	(279)	—	(-031)	(-354*)	(409*)
Tamaño ciudad (8) .					275	063	130	284	019	-063	000	-229
					(515*)	(121)	(-153)	(427*)	(-051)	(014)	(-261)	(035)
Razón act. masc. (7).						458	-013	501	—	-292	-540	133
						(195)	(-467*)	(686*)	—	(-102)	(-486*)	(326)
Mercado matr. (6) .							—	—	—	451	—	—
										(611*)		
Analfabetismo (5) ...								212	-034	672	-358	080
								(176)	(165)	(685*)	(-176)	(-115)
Secularización (4) ...									—	331	073	050
										(419*)	(-367*)	(171)
s ₉₀ (3)										-033	248	-169
										(044)	(-003)	(068)
Nupcialidad (I _m) (2).											132	-001
											(-317)	(038)
Fecun. matr. (I _g) (1).												
Cam. fec. matr. (1887-1920) (1a)												
Múltiple R		261	423	409	818	461	747	624	205	899	747	609

NOTAS: El asterisco (*) indica que la correlación es significativa para $p = 0,01$.
Entre paréntesis, correlaciones simples. Sin paréntesis, betas.

GRAFICO 6

Fecundidad matrimonial urbana, 1920



NOTA: Sólo se incluyen las relaciones (betas) que directa o indirectamente explican la variable dependiente en más de 0,300 (ó $-0,300$). Entre paréntesis, correlaciones simples; sin paréntesis, betas.

dicho momento junto a la presión demográfica, cada vez mayor, en el campo⁴⁵. Por ser un indicador que expresa la capacidad de atracción económica de las ciudades, su relación con la fecundidad debe ser negativa. Esta relación, no obstante, estará oscurecida en parte porque los inmigrantes urbanos suelen

⁴⁵ Este crecimiento, sin embargo, es propio de unas pocas ciudades dentro del conjunto nacional. Fiel reflejo de esto es el hecho de que las 15 capitales de provincia que tienen mayor inmigración neta pasan del 15 por 100 (1900-1910) al 25 por 100 (1910-1920) de crecimiento por migración.

evidenciar, al menos al principio, una fecundidad propia de sus zonas de origen y, por tanto, superior a la de la ciudad (Akerman y Norberg, 1977; Goldstein y Goldstein, 1981; Zárate y Unger de Zárate, 1975).

La razón masculina de actividad es también, como en el caso del saldo migratorio, un indicador fundamentalmente económico (véanse mapas 27 y 28)⁴⁶. Por ello se espera una relación negativa y fuerte con la fecundidad. En cuanto al resto de las variables, su relación con la fecundidad matrimonial es la que se señaló para el mundo rural y, por tanto, sería ocioso repetir las aquí.

B) *Resultados*

La varianza explicada de la fecundidad urbana es inferior a la explicada para el caso de la fecundidad matrimonial rural, siendo del 44 por 100 en 1887, 68 por 100 en 1900 y 56 por 100 en 1920 (véanse matrices 4, 5 y 6, y diagramas 4, 5 y 6). Los resultados son, pues, menos ricos que los obtenidos para el mundo rural, aunque pensamos que muestran una serie de consistencias importantes que merecen ser consideradas. Las variables que más influyen en la fecundidad matrimonial urbana son el nivel de analfabetismo, la razón de actividad masculina y el saldo migratorio. Por otra parte, la evolución de la fecundidad matrimonial entre 1887 y 1920 es explicada en un 37 por 100.

1. *El nivel de analfabetismo.*

Como sucedía en el mundo rural, la influencia del analfabetismo sobre el nivel de fecundidad marital urbana tiende a disminuir a lo largo del período, aunque en este caso el descenso es más constante: de $-0,738$ en 1887 se pasa a $-0,410$ en 1900 y a $-0,358$ en 1920. A pesar del evidente debilitamiento de su fuerza explicativa con el paso del tiempo, la relación entre estas dos variables es de tanta consistencia en todos los modelos que no puede darse de la misma.

Es imposible situar en su justa perspectiva esta relación entre ambas variables en las zonas urbanas sin abordar el tema de las influencias del mundo rural sobre los comportamientos urbanos. Resulta que uno de los determinantes principales del analfabetismo en las ciudades es la proporción de población dedicada a actividades agrarias (0,582 en 1887, 0,588 en 1900 y 0,494

⁴⁶ Tal y como se hizo para el modelo rural, aquí se efectuó un test para comprobar la medida en que este indicador estaba sujeto a factores demográficos o económicos. El resultado fue similar al correspondiente al mundo rural, constanding un peso mayor y creciente de la migración (factor económico), frente a elementos puramente demográficos, como la natalidad o la mortalidad.

en 1920). Ello significa que la población agraria de las ciudades, que en teoría debería relacionarse positivamente con la fecundidad matrimonial, influye en ésta negativamente a través del analfabetismo. Este hecho encierra una aparente contradicción. Si la población agraria de las ciudades es la que mayores vínculos mantiene con el mundo rural y si la fecundidad en las zonas rurales es consistentemente superior a la de las zonas urbanas, ¿cómo es posible que las ciudades más «agrarias» sean las que menor fecundidad tengan? ¿Significa que los agricultores de esas ciudades tienen una fecundidad menor que los otros sectores sociales?

El problema tiene que entenderse en función de la influencia que ejerce el campo sobre la ciudad en un momento en el que España sigue siendo esencialmente un país agrario. El modelo típico de ciudad analfabeta sería el tipo «ciudad agraria» que, como sabemos, es más común en el Sureste y en el área catalano-aragonesa (sin las provincias de Barcelona y Gerona). Estas ciudades agrarias están situadas dentro de las regiones españolas de menor fecundidad cuya homogeneidad dependería del hecho de que sus ciudades se nutriesen de migrantes provenientes de la misma región y que serían partícipes en una misma realidad cultural. Por ello, sus inmigrantes, independientemente del oficio que tuviesen, llegarían a la ciudad con una herencia demográfica caracterizada por una fecundidad menor. Aunque una vez dentro de ellas la fecundidad de los inmigrantes disminuyese, los niveles imperantes en dichas ciudades serían menores que los de otras zonas de comportamientos demográficos tradicionalmente diferentes.

Esta regionalización de los comportamientos, que incluye tanto el mundo urbano como el rural, dominará sobre las diferencias urbano-rurales en la medida en que el proceso de industrialización sea aún débil, ya que las ciudades seguirán nutriéndose de una migración esencialmente local (Reher, s. f. —b—; Sharlin, 1986). En una fase posterior de desarrollo industrial, que en España tendrá lugar en fechas bastante más recientes, el radio de atracción de las ciudades se ampliará y en ese momento los determinantes regionales de los comportamientos perderán peso frente a los factores específicamente urbanos.

La pérdida de influencia del analfabetismo sobre la fecundidad es igualmente notable y de nuevo debe interpretarse, al menos en parte, en términos de las relaciones que vinculan ambos mundos. La disminución de la importancia del analfabetismo en su relación con la fecundidad matrimonial urbana parece indicar una progresiva separación de los mundos urbano y rural. Es evidente, en este sentido, que si el analfabetismo pierde fuerza explicativa según se pasa de 1887 a 1920, también la pierde la población agraria urbana. En la medida en que analfabetos y población agraria de las ciudades encarnan comportamientos demográficos típicamente rurales dentro del mundo urbano, es probable que la evolución de la fecundidad, tanto en ciudades como en el campo, responderá, al menos en parte, a factores rurales y, por tanto, poco relacionados con variables urbanas. Por el contrario, cuando los inmigrantes

a las ciudades empiezan a venir cada vez menos de su entorno inmediato, y a medida que el tipo de actividad económica urbana no esté relacionada en absoluto con la de las zonas rurales —es decir, a medida que en la ciudad el peso de la población más típicamente urbana se haga predominante—, la fecundidad en dichas ciudades se independizará cada vez más de sus determinantes rurales y cobrará una autonomía propia ⁴⁷.

Si fuéramos a aplicar este modelo en una época de mayor urbanización y de desarrollo económico industrial más acelerado, sin duda la relación entre analfabetismo y fecundidad cambiaría de signo. Al menos al principio, las relaciones entre ambos mundos se harían cada vez más tenues, aunque posteriormente volverían a incrementarse cuando el mundo urbano hubiera adquirido el predominio. Pero esta vez la estructura de influencias entre las variables sería diferente ⁴⁸. Estas ideas no expresan sino el paso de una sociedad dominada por la agricultura en lo económico y por lo rural en lo cultural a otra sociedad dominada por la industria y los servicios en lo económico y por lo urbano en lo cultural. Esta evolución hacia la modernidad se estaba iniciando en la España de los comienzos del siglo xx, tal y como indica, desde nuestro punto de vista, la pérdida de importancia del analfabetismo y de la razón de población agraria para explicar la fecundidad urbana dentro del matrimonio.

A modo de resumen, se puede afirmar que una relación negativa entre alfabetización y fecundidad matrimonial es una relación propia de un sistema

⁴⁷ Barcelona podría ser un excelente ejemplo de esta dinámica. A lo largo del período en cuestión, y a pesar de estar enclavada dentro de una región en pleno proceso de transición, su fecundidad apenas desciende. Una disminución que tuvo lugar a mediados del siglo xix parece detenerse a finales del siglo y a principios del siglo xx. ¿Por qué? Verosíblemente, lo que ocurre es que su radio de atracción ya ha superado ampliamente el entorno catalán y empiezan a llegar a ella inmigrantes de otras regiones donde la fecundidad era superior a la catalana y todavía no había entrado en proceso de transición. Estos inmigrantes llegarían a la ciudad con una herencia demográfica de fecundidad superior a la que tenían los inmigrantes catalanes del período anterior. A pesar de que ellos mismos iniciarían un proceso de disminución de su fecundidad, la consecuencia inmediata equivaldría al mantenimiento de los valores de I_g . De nuevo, la naturaleza e intensidad de las migraciones terminarían influyendo decisivamente en los comportamientos demográficos. La siguiente tabla da testimonio elocuente a lo que se acaba de decir:

Caída de la fecundidad y migración en la ciudad de Barcelona y el resto de su provincia

Periodos	Caída I_g (%)		Periodos	Saldo migratorio (%)	
	Ciudad	Rural		Ciudad	Rural
1860-1887	11	21	1900-1910	16	—3
1887-1900	7	3	1910-1920	36	11
1900-1920	1	17			

⁴⁸ Esto es, al menos, lo que ha ocurrido en países como Italia (Livi Bacci, 1977: 121-134).

demográfico moderno; es decir, implica indirectamente la transición demográfica y el control moderno de la fecundidad. Por ello, sólo cuando la relación entre analfabetismo y fecundidad, tal y como se da en nuestros modelos, vaya disminuyendo podremos hablar del inicio de los procesos modernos que conducen a la transición demográfica. Será en las ciudades industrializadas, como Barcelona, donde se produzca el incremento moderno de la alfabetización y su progresiva correlación negativa con los niveles de la fecundidad matrimonial. Mientras en España se mantenga la relación negativa entre analfabetismo y fecundidad matrimonial podemos estar seguros de que el país está aún dominado por unos comportamientos demográficos tradicionales.

2. *La razón de población masculina en edades activas.*

Otro factor importante en la explicación del nivel de la fecundidad marital urbana es la razón masculina de actividad que de unas incidencias nulas en 1887 pasa a $-0,537$ en 1900 y a $-0,540$ en 1920. A su vez, esta variable está condicionada principalmente por otras dos: en primer lugar, las pautas migratorias inciden cada vez con mayor fuerza ($0,132$ en 1887, $0,326$ en 1900 y $0,524$ en 1920) y, en segundo lugar, por el tamaño de la ciudad ($0,401$ en 1887, $0,309$ en 1900 y $0,275$ en 1920).

En España la distribución de esta variable parece responder a tres factores principales. Por un lado, ciudades enclavadas en zonas de desarrollo industrial (el corredor del Ebro, Valencia y Madrid) suelen tener una alta razón de activos masculinos. En segundo lugar, ciudades de cierto tamaño, aunque no muestran signos de desarrollo económico, también tienen altos valores de esta variable (caso del Suroeste). Finalmente, la posibilidad o no de emigración a larga distancia condiciona, asimismo, el valor de la variable. En este sentido, las ciudades donde el valor es bajo son las que o bien carecen de desarrollo económico, son pequeñas o no reciben inmigración debido a que la población de sus entornos rurales tiene otras posibilidades de migración (véanse mapas 27 y 28). En todos los casos, y con una importante excepción (el País Vasco), la razón de actividad masculina incide negativamente sobre la fecundidad matrimonial. Esta incidencia, cuando tiende a deprimir la fecundidad, se puede articular por dos vías: una relacionada con el proceso de modernización económica y otra por dificultades relacionadas con el mercado laboral.

En cuanto a este último punto, es conveniente señalar que en aquellas ciudades donde por distintas causas hay una razón de actividad elevada sin que coincida con procesos de desarrollo económico, necesariamente se producirá una relativa saturación del mercado laboral. Por consiguiente, podemos suponer que existirá un nivel de vida relativamente inferior entre considerables capas de la población, lo que plausiblemente presionaría la fecundidad a

la baja. Además, el hecho de que esta zona es también de alta nupcialidad añade otro motivo para explicar una fecundidad matrimonial baja. Ambas razones, sin embargo, son de tipo tradicional y no conducen necesariamente a una transición demográfica.

La gran excepción a la regla general la constituyen las ciudades donde altas razones masculinas de actividad se combinan con altas tasas de fecundidad matrimonial (caso del País Vasco, Pamplona y Burgos). El desarrollo económico, relativo aún, no ha podido vencer en estas ciudades —especialmente Bilbao y San Sebastián— a las pautas del comportamiento demográfico tradicional, mantenidas por razones de tipo cultural y religioso propias de la regionalización de los comportamientos demográficos a la que ya se ha hecho alusión. No se puede olvidar tampoco que, al igual que en el resto de la cornisa cantábrica, los inmigrantes a estas ciudades provienen de un mundo rural con altas tasas de fecundidad matrimonial y trasladan a los centros urbanos ese tipo de comportamientos demográficos. En esta zona existe una evidente contradicción entre desarrollo económico y descenso de la fecundidad⁴⁹.

Acaso lo que más llama la atención en la explicación de esta variable es el hecho de que la relación entre migración y la razón de actividad pasa de ser insignificante en 1887 a ser decisiva en 1920; un aumento que coincide con una intensificación de los movimientos migratorios. Mientras en la primera fecha dicha razón estaba principalmente determinada por factores no incluidos en nuestros modelos y, sin duda, relacionados con las estructuras demográficas de cada región, en 1920 está directamente vinculado con las tendencias migratorias. Por eso, mientras en la primera fecha la correcta interpretación de la razón de actividad debería partir de la idea de la saturación del mercado laboral, en 1920 pasa a ser principalmente indicador de actividad económica. La evidencia de que el desarrollo económico (industrialización) conduce a fecundidades maritales más bajas es demostrada en el caso de las ciudades catalanas, del Levante y Madrid, pues altas razones de población masculina en edades activas con buenos saldos migratorios (inmigración) constituyen un signo de potencialidad económica. No obstante, en 1887 estas ciudades son, en realidad, centros aislados en la geografía nacional, mientras que en 1920 ya no es así, y se puede afirmar que en estos años el desarrollo económico es en buena medida el fundamento más serio del nivel de la fecundidad matrimonial urbana. Sin duda, 1920 marca un umbral decisivo para el cambio de los comportamientos vitales en España.

⁴⁹ Es también muy interesante resaltar cómo entre 1860 y 1900 las tasas de fecundidad matrimonial en estas ciudades no sólo no bajaron, sino que incluso aumentaron, siguiendo así la misma evolución que la de sus entornos rurales.

III. ALGUNAS CONCLUSIONES; ALGUNOS INTERROGANTES

Uno de los resultados más notables de todos los modelos que pretenden abordar los comportamientos en el mundo urbano ha sido su manifiesta pobreza. Su capacidad de explicación ha sido inferior a la de los modelos rurales. Esta tónica se acentúa con el que aborda el cambio en la fecundidad matrimonial entre 1887 y 1920, que arroja una varianza explicada de sólo el 37 por 100. Quitando la evidente influencia de la migración sobre la evolución de la fecundidad (0,540), el modelo aporta muy poco de interés. Esta realidad responde a dos motivos principales. Por un lado, es perfectamente posible que no hemos acertado en la elección de indicadores específicamente urbanos que logren explicar adecuadamente la fecundidad y su evolución.

Otra explicación, acaso más acertada, estriba en el hecho de que los determinantes principales de la fecundidad urbana a menudo tienen poco que ver con indicadores generados directamente desde la ciudad. A lo largo de este estudio se ha evocado continuamente la existencia de regiones culturales, y acaso también económicas, que influyen en los comportamientos vitales, tanto en el campo como en la ciudad. Debido al peso preponderante de la población rural en la mayoría de las provincias, estos factores quedan mejor reflejados en los modelos rurales que en los urbanos. Factores comunes a ambos mundos, pues, pueden interpretarse como una influencia del campo sobre la ciudad. Es decir, antes de 1920 la preeminencia del mundo urbano está aún muy lejos de materializarse.

A fin de comprobar el grado de influencia de un mundo sobre el otro, se ha procedido a introducir el nivel de la fecundidad rural como variable independiente dentro del modelo de fecundidad urbana. En este caso, la fecundidad rural metida en el mundo urbano tendría que interpretarse como una variable cultural ya que, por lo demás, los factores que inciden sobre la fecundidad en los dos mundos deben de ser dispares. La influencia de la fecundidad rural es importante en 1887 (0,542) y en 1900 (0,518), disminuyendo en 1920 (0,382). Aumenta la capacidad explicativa del modelo de forma apreciable entre 1887 (R^2 del 44 al 60 por 100) y 1900 (R^2 del 69 al 80 por 100), siendo mucho menor en 1920 (R^2 del 56 al 63 por 100). La naturaleza de estos vínculos no tiene una fácil explicación y cualquier afirmación aquí acabaría siendo la más rancia especulación histórica, aunque evidentemente están relacionados con la actitud misma de los habitantes ante sus pautas vitales. Por otra parte, son prueba viva de una realidad común y por ello sería enormemente arriesgado pretender separar ambos mundos, o interpretar uno sin tener en cuenta el otro.

Aunque las regiones culturales existirían de antiguo, su vigencia sería reforzada por las corrientes migratorias locales. Es decir, los «agentes» concretos para el mantenimiento de esta realidad serían los inmigrantes a las ciudades cuyo número podría llegar a ser importante dentro del recinto urbano y

que provendrían normalmente de su propio entorno geográfico, participando por ello en una herencia cultural común. No queremos afirmar que estas personas fuesen la única fuente cultural común, sino una de las principales. Al llegar a la ciudad, y sobre todo durante los primeros años de estancia en ella, conservarían su propia identidad cultural a la vez que ajustarían a la baja sus comportamientos vitales como consecuencia del ambiente propio de la ciudad. De esta forma, la ciudad nunca perdería del todo su herencia rural y, si bien su fecundidad sería menor que la de su *hinterland*, la fecundidad de ciudades enclavadas en zonas rurales de fecundidad alta sería siempre superior que la de las ciudades enclavadas en zonas de fecundidad baja.

Sólo cuando los migrantes empezaran a acudir desde zonas más lejanas empezaría a esfumarse esta relación entre ambos mundos, ya que los habitantes de la ciudad aportarían actitudes culturales cada vez más heterogéneas. No significa que los centros urbanos dejaran de reflejar herencias rurales, sino simplemente que éstas fueron de naturaleza cada vez menos local y, por tanto, sus efectos sobre el conjunto urbano serían más ambiguos. Así se permitiría a los factores específicamente urbanos asumir un papel cada vez más claro en la determinación de la fecundidad. A ello contribuiría el tamaño de la ciudad, aunque en realidad éste fuese en buena medida también el resultado de migraciones más intensas y, por ello, de procedencia cada vez más lejana. No por ello se quiere menospreciar la importancia del aumento del peso de los sectores económicos no vinculados con actividades rurales como catalizadores del cambio demográfico. La consecuencia de estos dos factores sería, pues, una progresiva autonomía de los comportamientos urbanos respecto a los comportamientos propios de las regiones culturales.

Otro resultado no menos notable de los modelos urbanos es la disminución significativa en 1920 de la incidencia de todas las variables relacionadas directa o indirectamente con el mundo rural. Las influencias sobre la fecundidad matrimonial en el mundo urbano, tanto de la fecundidad rural como de las variables de población agraria urbana y el analfabetismo, expresaban la existencia de comportamientos demográficos propios de las diversas regiones. Estos comportamientos, comunes a las ciudades y al mundo rural, se mantienen en tanto en cuanto no se despeguen las ciudades de su entorno rural. Para que esto cambie es necesario la concurrencia de dos factores relacionados entre sí: el ya referido cambio en la naturaleza de la migración y el progresivo dominio social y económico dentro de las ciudades de los sectores de la población más típicamente urbana ocupada en la industria o en los servicios. Este proceso parece estar en ciernes en 1920. En ese año el ritmo de la inmigración, si se compara con años anteriores, se había acelerado apreciablemente, y cada vez mayor número de centros estaban en plena fase de industrialización (Comín Comín, 1987: 116-123). El paso de una sociedad agraria a una sociedad industrial moderna, que se corresponde con el paso de un régimen demográfico tradicional a otro moderno, implica la realización de la transición

demográfica⁵⁰. Se manifestará, entonces, una pérdida de la importancia explicativa de las variables tradicionales sobre la fecundidad matrimonial urbana, como, por ejemplo, el analfabetismo en su relación negativa con el nivel de la fecundidad. La separación entre los comportamientos urbanos y rurales desde el punto de vista demográfico no significa sino que la ciudad va adquiriendo el predominio económico y cultural dentro de la sociedad española.

Ahora bien, lo que precede no pretende en absoluto dar a entender que en las sociedades tradicionales estos dos mundos sean iguales ni que sus comportamientos responden a un solo tipo de determinante. ¡Tamaña torpeza sería pretender simplificar la realidad histórica hasta el punto de tergiversarla! Uno de los propósitos más importantes de este ensayo ha sido averiguar hasta qué punto se diferenciaban los mundos rural y urbano en cuanto a los determinantes que influían en la fecundidad matrimonial. Mientras que, por un lado, los factores económicos y culturales (nivel de activos masculinos, saldos migratorios, analfabetismo) ejercen influencias similares en ambas zonas —sin olvidar que el significado concreto de un indicador puede variar sustancialmente en cada zona—, por otro, ha aparecido una clara y constante diferencia en cuanto a los condicionantes demográficos. En la España rural el llamado triángulo homeostático, caracterizado por influencias mutuas y fuertes entre mortalidad infantil y juvenil, nupcialidad de las mujeres y fecundidad matrimonial se constituye en uno de los elementos explicativos más importantes de la fecundidad matrimonial y de la evolución de ésta. La existencia de este triángulo indica con claridad que el campo español en el siglo XIX estaba, por lo general, inmerso en un sistema demográfico tradicional en el que la fecundidad matrimonial estaba determinada, en gran parte, por variables de tipo demográfico y desde luego poco relacionadas con decisiones conscientes.

Además, es indicio de la fortaleza de un sistema demográfico tradicional en el cual la mortalidad, la fecundidad legítima e ilegítima y la nupcialidad funcionaban con bastante sincronización a fin de garantizar unas tasas de reproducción de la población sólo moderadas. No es ninguna casualidad el hecho de que la fecundidad era menor y caía más precisamente en aquellas regiones en las que una nupcialidad relativamente intensa e inflexible se hacía acompañar por unos bajos niveles de emigración, con su secuela de saturación del mercado laboral, bien fuese dentro de economías en expansión o en contracción. De no haber sido así, un descenso en el nivel de vida hubiera sido inevitable. Uno de los resultados más interesantes de nuestro estudio es que de nuevo aparece 1920 como año clave. En dicho año existen claros indicios de cambio, ya que el juego homeostático influía de manera mucho más tenue en los niveles imperantes de la fecundidad matrimonial y en su evolución.

En las ciudades, en cambio, este juego no tenía importancia alguna de cara

⁵⁰ Ello no implica que, en determinados casos concretos, sociedades rurales no puedan también realizar una transición de su fecundidad.

a la fecundidad ni en el siglo XIX ni en el XX. El triángulo homeostático sólo tiene importancia de cara a la fecundidad en tanto en cuanto el mundo esté más o menos cerrado. Es decir, la fortaleza del mecanismo homeostático sería mayor en la medida en la que las poblaciones pudieran actuar dentro de un mundo social y económico inmutable y no tuviesen acceso a la válvula de escape que suponía la migración. Evidente es que estos requisitos no existen en ninguna parte de la España urbana durante el período aquí considerado. En este sentido, la ciudad es arquetipo de una población abierta, ya que continuamente está sujeta a una movilidad humana fuerte y a cambios económicos muy importantes, tanto de tipo coyuntural como estructural. Por ello no extraña, en absoluto, la inexistencia de mecanismos de este tipo en la ciudad.

A ambos mundos, no obstante, les es común el aumento apreciable a lo largo del período del peso de los factores específicamente económicos en la determinación de la fecundidad⁵¹. Estamos claramente ante el aumento en la influencia de los factores que efectivamente conducirán a la larga a una transición profunda de la fecundidad. Para que dicha transición sea una realidad efectiva, la simple presión de la población sobre los recursos no es suficiente. Tomado solo, este último factor, tan evidente en partes del sur y del suroeste del país, incide esencialmente sobre los antedichos mecanismos homeostáticos y no es capaz de provocar más que cambios moderados en la fecundidad. Desde el momento en el que se empiezan a alterar profundamente las estructuras económicas y sociales del país se han puesto las bases para cambios profundos en los comportamientos humanos⁵².

Desde esta perspectiva, uno podría sucumbir a la tentación de ver a las ciudades como motores del cambio demográfico en el resto del país. Si bien su influencia en las zonas rurales es un tema nada claro, unas estructuras sociales y económicas más flexibles que en el campo, y aparentemente unas mentalidades más modernas, parecerían convertir a las ciudades en los pioneros de un descenso más temprano e intenso de la fecundidad. Si nos basamos en los datos referentes a los cambios de la fecundidad en ambas zonas entre 1887-1920, los resultados confirman sólo muy modestamente estas expectativas. De los núcleos de población cuya fecundidad desciende en más del 9 por 100, hay 19 ciudades frente a 14 zonas rurales. Además, la diferencia en la caída media de la fecundidad entre ambas zonas es realmente pequeña, no superando apenas un 2 por 100 en favor de las ciudades. A pesar del hecho de que una menor fecundidad de partida tendería lógicamente a dificultar la caída

⁵¹ Dentro del mundo urbano, la influencia de la razón de actividad sobre la fecundidad pasa de $-0,210$ en 1887 a $-0,540$ en 1900, y la de la migración sobre la razón de actividad pasa de $0,132$ a $0,524$. En el campo, la razón de actividad aumenta su influencia sobre la fecundidad ($-0,300$ en 1887 y $-0,752$ en 1920), y la migración sobre dicha razón pasa de $0,172$ en 1887 a $0,710$ en 1920).

⁵² La evidente importancia de los factores económicos en la explicación de la fecundidad tiende a contradecir las hipótesis revisionistas propugnadas recientemente por Cleland y Wilson (1987: 27-30).

en las zonas urbanas, no deja de extrañar la exigua diferencia que separa a las dos zonas.

De nuevo los datos nos remiten a la existencia de factores culturales que sólo parcialmente se reflejan en nuestros modelos. Es de considerable interés notar cómo entre las 33 agrupaciones de población antes mencionadas, casi el 50 por 100 corresponden a provincias donde tanto la capital como las zonas rurales figuran entre los precursores en la transición demográfica. Parece ser que existen otros factores que afectan a ambos mundos y que terminan provocando la caída de la fecundidad. Una vez establecidas las condiciones de la caída, el papel de las ciudades sería más claro (Arango, 1980; Sharlin, 1986: 257-260). De hecho, en las ocho provincias en que más baja la fecundidad, la caída en las ciudades supera a la de las zonas rurales en un 20 por 100 (24,9 frente a 20,1 por 100)⁵³.

¿Cuáles son, pues, estas condiciones para una transición de la fecundidad? ¿Y por qué se dan en algunas regiones y en otras no? La contestación a este interrogante, aun siendo aproximada y especulativa, es de sumo interés para la historia social de España. Aquí los modelos empleados, al delimitar las condiciones necesarias, permiten ver la medida en la que cada zona del país cumple con ellas. En realidad, más que condiciones necesarias para la transición de la fecundidad, aquí se mencionan situaciones concomitantes cuya existencia y fuerza llegan a estimular o retrasar el proceso. Brevemente se pueden resumir en las siguientes: un desarrollo económico, con su secuela de cambios sociales y progresiva urbanización de la población (Iriso Napal, 1985); una relativa saturación del mercado laboral producida, bien por inmigración o por falta de emigración; una actitud cultural más permisiva donde las parejas sintiesen una mayor libertad para elegir, a menudo en función de consideraciones de índole económica, el número de hijos deseados, y un sistema demográfico caracterizado por un descenso de la mortalidad y donde la nupcialidad se viera imposibilitada para neutralizar el aumento en niños supervivientes. Dentro de este esquema no se otorga gran importancia al conocimiento de medios de control de la natalidad, ya que los utilizados normalmente eran muy rudimentarios (por ejemplo, el *coitus interruptus* o «marcha atrás») y ya se conocían antes (Knodel y Van de Walle, 1979; Coale, 1986; Himes, 1963). Ello no pretende, en absoluto, menospreciar la importancia de un cambio de actitud en cuanto a la aceptación del control del número de hijos nacidos, cambio, a

⁵³ Estas provincias son Baleares (10 por 100 en Palma, 20 por 100 en las zonas rurales); Cáceres (25 y 11 por 100); Canarias, cuyos datos ofrecen alguna duda (29 y 19 por 100, respectivamente); Castellón (16 y 29 por 100); Gerona (28 y 20 por 100); Lérida (31 y 12 por 100); Tarragona (36 y 34 por 100); Teruel (24 y 16 por 100); Es interesante notar cómo la ciudad de Barcelona falta en esta lista (las zonas rurales de la provincia sufren una caída del 22 por 100) por haber tenido una evolución pronunciada en su fecundidad antes incluso de 1887. Este hecho no quita validez alguna a las ideas aquí expuestas.

su vez, cuyo detonante reside en las evoluciones estructurales ya aludidas (Cleveland y Wilson, 1978)⁵⁴.

De esta forma, el cambio en la fecundidad parecería ser una combinación de prácticas de ajuste ante nuevas situaciones sociales, económicas y demográficas, una de cuyas consecuencias serían las innovaciones en cuanto a las actitudes de las personas ante el proceso de procreación (Carlsson, 1966; Caldwell, 1982)⁵⁵. El grado de participación en estos aspectos determinaría la cronología e intensidad de la caída de la fecundidad en las distintas regiones españolas (Coale y Treadway, 1986).

La realidad es, desde luego, muy diversa y a veces contradictoria, incluso en el interior de cada región. El Sur, y en especial el Suroeste, por la saturación de su mercado laboral, por la relativa inflexibilidad de su nupcialidad, por la presencia de jornaleros en su población y la existencia de multitud de pueblos de considerable tamaño, sería candidato ideal para una transición si no fuera por el hecho de que la falta de desarrollo industrial y la persistencia de altos niveles de mortalidad tendía a neutralizar los efectos anteriores. La cornisa cantábrica estaría en condiciones de reducir significativamente su fecundidad gracias a unos niveles ya altos de la misma, una mortalidad relativamente baja y un desarrollo económico considerable, especialmente en el País Vasco. No obstante, la persistencia de actitudes tradicionales, evidenciadas por la alta catolicidad de dichas poblaciones, una nupcialidad en continua restricción, una alta emigración que servía para mitigar cualquier exceso de población y una alfabetización enraizada en la Historia y no en el desarrollo social terminan retrasando esta transición. La meseta superior no reúne ninguna de las condiciones necesarias para una reducción de su fecundidad. Es una zona de pequeños propietarios; de una mortalidad media o alta; una nupcialidad restringida; una alta alfabetización, producto, a su vez, de factores puramente históricos; una emigración moderadamente alta; una fuerte implantación de ideas tradicionales y actitudes conservadoras; un nivel bajo de urbanización, y un bajo desarrollo económico. No es de extrañar que las provincias de esta región figuren entre las que tienen una fecundidad mayor y una iniciación de la transición demográfica más tardía⁵⁶.

Únicamente en Cataluña se cumplen todos los requisitos para una caída temprana y fuerte de la fecundidad. Allí existe una abundancia de mano de obra asalariada en las grandes ciudades, los pequeños núcleos urbanos e incluso en el campo⁵⁷. Esto conlleva unos niveles positivos de migración, a pesar de

⁵⁴ Lamentablemente, con los datos disponibles no ha sido posible contrastar estas hipótesis.

⁵⁵ Ello no significa que tales factores no puedan presentarse más o menos coetáneamente.

⁵⁶ De las 14 provincias que inician la transición de la fecundidad después de 1930, diez (doce si incluimos a Navarra y Guadalajara) integran la submeseta superior (Coale y Treadway, 1986: mapa 2.1).

⁵⁷ Tampoco hay que descartar el sistema de herencia basado en el *hereu* y los sistemas

la fuerza de atracción de Barcelona sobre las áreas rurales. El resultado de estos procesos es un mercado laboral saturado dentro de una economía en constante desarrollo, un movimiento obrero fuerte y un alto desarraigo social e incluso geográfico de los trabajadores. La urbanización es alta, sobre todo si se cuentan los pequeños núcleos industriales enclavados en zonas rurales. Por otra parte, Cataluña es el ejemplo clásico de una alfabetización relacionada con el crecimiento económico, ya que, a pesar de partir de niveles bastante bajos, su ritmo de alfabetización es mucho mayor que el del conjunto nacional. El crecimiento de una pujante burguesía media y alta, consecuencia, por supuesto, de lo antes expuesto, contribuye poderosamente al desarrollo de una mentalidad nueva orientada hacia lo individual⁵⁸. Finalmente, Cataluña está inmersa en un proceso de reducción significativa de su mortalidad que hubiera desbordado la capacidad de reacción de la nupcialidad de no haber concurrido simultáneamente una reducción en su fecundidad.

A todo esto hay que agregar el decisivo papel de Barcelona como motor, tanto del desarrollo económico como de la difusión de ideas de nuevo corte (Arango, 1980). No parece casualidad alguna el hecho de que pruebas indirectas indican que la transformación de la fecundidad tuvo lugar primero en Barcelona (donde todos los procesos antes mencionados cobrarían mucha mayor fuerza) en torno o incluso antes de 1860, seguido luego por el resto de su provincia y región, esta vez sin distinción clara entre las zonas urbanas y las rurales. Una vez conseguido este inicio, las nuevas actitudes ante la fecundidad se extendieron a las regiones colindantes, siempre facilitadas en mayor o menor medida por las estructuras de cada lugar. De las 14 provincias que inician la transición de la fecundidad antes de 1910, 11 se sitúan dentro del cuadrante este y noreste del país⁵⁹. Verdaderamente ante esto es difícil discutir la validez del proceso de difusión de actitudes favorables a la limitación de la natalidad desde su foco inicial en Cataluña; proceso caracterizado, al menos en sus albores, por algún sentido geográfico.

Una vez iniciada se crea un sistema basado en la retroalimentación positiva, ya que cada cambio en la fecundidad acelera la evolución precisamente de muchos de los factores que la condicionan. En este sentido se podrían aportar numerosas pruebas, dentro de un escrito ya de por sí demasiado largo, de los efectos de una caída de la fecundidad sobre la mortalidad infantil, juvenil y

familiares en Cataluña como un factor de importancia en el desencadenamiento original de este proceso.

⁵⁸ También en Cataluña existió a principios del presente siglo un pujante movimiento neomaltusiano, con considerable arraigo entre sectores anarquistas. Este movimiento propugnaba, entre otras cosas, el empleo de medios anticonceptivos como medio de protección de la salud de la madre. Independientemente de su mayor o menor influencia, es evidente que en Cataluña durante dicha época se estaba creando entre amplios sectores de la población un caldo de cultivo favorable al control de la natalidad. Véase Mary Nash, 1984: 315 y ss.; 1987.

⁵⁹ Las restantes tres son Madrid, Málaga y Lugo. Las islas Canarias no figuran en estos cálculos basados en Coale y Treadway (1986).

maternal, sobre el nivel de vida y la capacidad de ahorro de la población, sobre la actitud misma ante el control de la natalidad y sobre otros muchos factores que intervienen en la determinación de la fecundidad (Pérez Moreda y Reher, 1986; Trussell y Pebley, 1984). Quizás, por ello, el Proyecto de Princeton encontró que, con pocas excepciones, una vez iniciada la transición de la fecundidad era muy poco probable que el proceso se detuviera antes de que la fecundidad hubiera llegado a niveles realmente bajos (Coale, 1986).

BIBLIOGRAFIA

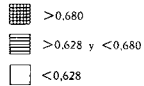
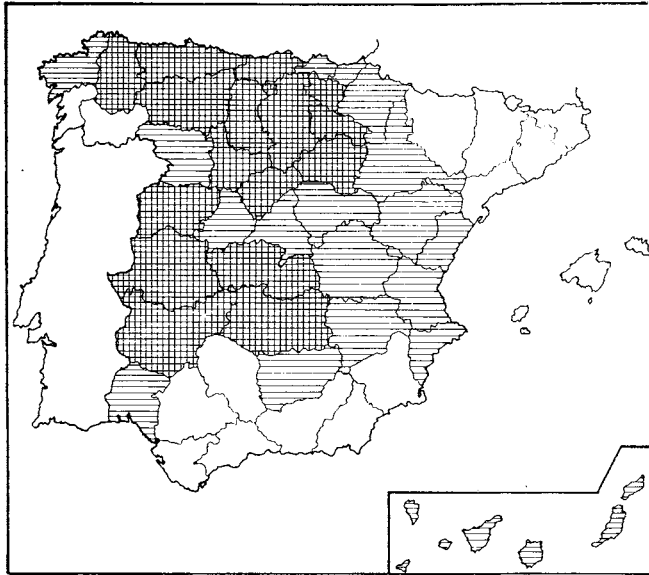
- AKERMAN, S., y NORBERG, A. (1976): «Employment Opportunities, Family-Building and Internal Migration in the Late Nineteenth Century: Some Swedish Case Studies», en COALE, Ansley J. (ed.): *Economic Factors and Population Growth*, Nueva York: John Wiley and Sons, pp. 453-486.
- ANDERSON, Barbara A. (1986): «Regional and Cultural Factors in the Decline of Marital Fertility in Western Europe», en COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 293-313.
- ANDORKA, Rudolf (1972): «Un exemple de faible fécondité légitime dans une région de la Hongrie», *Annales de Démographie Historique*, pp. 25-53.
- ARANGO, Joaquín (1980): «La teoría de la transición demográfica y la experiencia histórica», *REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS*, 10: 169-198.
- (1985): «Las “Leyes de las Migraciones” de E. G. Ravenstein, cien años después», *REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS*, 32: 7-26.
- BARDET, Jean-Pierre (1983): *Rouen aux XVII^e et XVIII^e siècles. Les mutations d'un espace social*, París, 3 vols.
- (s. f.): «Entre villes et campagnes du passé: innovateurs et suiveurs en matière de contraception», *IUSSP Seminar on Urbanization and Population Dynamics in History*, Tokyo, 1987 (en prensa).
- BONGAARTS, J. (1978): «A Framework for Analyzing the Proximate Determinants of Fertility», *Population and Development Review*, 4, 1: 105-132.
- (1982): «The Fertility-Inhibiting Effects of the Intermediate Fertility Variables», *Studies in Family Planning*, pp. 179-189.
- BONGAARTS, John, y POTTER, R. G. (1979): «Fertility Effects of Seasonal Migration and Seasonal Variation in Fecundibility: Test of a useful Approximation under More General Conditions», *Demography*, 16: 475-480.
- (1983): *Fertility, Biology, and Behavior: An Analysis of the Proximate Determinants*, Nueva York: Academic Press.
- CACHINERO SÁNCHEZ, Benito (1982): «La evolución de la nupcialidad en España (1887-1975)», *REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS*, 20: 81-99.
- CALDWELL, John C. (1980): «Mass Education as a Determinant of the Timing of Fertility Decline», *Population and Development Review*, 6, 2: 225-255.
- (1982): *Theory of Fertility Decline*, Londres: Academic Press.
- CARLSSON, Gösta (1966): «The Decline of Fertility: Innovation or Adjustment Process», *Population Studies*, 20, 2: 149-174.
- CLELAND, John, y WILSON, Chris (1987): «Demand Theories of the Fertility Transition: An Iconoclastic View», *Population Studies*, 41, 1: 5-30.
- COALE, Ansley J. (1986): «The Decline of Fertility in Europe since the Eighteenth Century as a Chapter in Human Demographic History», en COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 1-30.

- COALE, Ansley J., y TREADWAY, Roy (1986): «Summary of the Changing Distribution of Overall Fertility, Marital Fertility, and the Proportion Married in the Provinces of Europe», en COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 31-181.
- COMÍN, Francisco (1987): «La economía española en el periodo de entreguerras (1919-1935)», en NADAL, Jordi; CARRERAS, Albert, y SUDRIÀ, Carles (eds.): *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Barcelona: Ariel, pp. 105-149.
- CORSINI, C. A. (1979): «Is the Fertility-Reducing Effect of Lactation Really Substantial?», en LERIDON, H., y MENKEN, J. (eds.): *Natural Fertility*, Lieja: Ordina, pp. 195-214.
- DE VRIES, Jan (1984): *European Urbanization, 1500-1800*, Londres: Methuen & Co.
- DÍEZ MEDRANO, Juan (1987): «Aproximación teórica a la emigración española a América (circa 1870-1930)», ponencia presentada al I Congreso Hispano-Luso-Italia de Demografía Histórica.
- DÍEZ NICOLÁS, Juan (1971): «La transición demográfica en España», *Revista de Estudios Sociales*, 1: 89-158.
- DOPICO, Fausto (1985): «Desarrollo económico y social y mortalidad infantil. Diferencias regionales (1900-1950)», *Autonomías y desarrollo regional. IX Reunión de Estudios Regionales*, Santiago de Compostela.
- EASTERLIN, Richard A.; POLLAK, Robert A., y WACHTER, Michael L. (1980): «Toward a More General Economic Model of Fertility Determination: Endogenous Preferences and Natural Fertility», en EASTERLIN, Richard A. (ed.): *Population and Economic Change in Developing Countries*, Chicago: University of Chicago Press.
- EASTERLIN, Richard A., y CRIMMINS, Eileen M. (1985): *The Fertility Revolution: A Supply-Demand Analysis*, Chicago: University of Chicago Press.
- GANIAGE, J. (1963): *Trois villages d'Ile-de-France au XVIII^e siècle. Etude démographique*, París: Presses Universitaires de France.
- GOLDSTEIN, S., y GOLDSTEIN, A. (1981): «The Impact of Migration on Fertility: An "Own Children" Analysis for Thailand», *Population Studies*, 35, 3: 265-284.
- GÓMEZ MENDOZA, Antonio, y LUNA RODRIGO, Gloria (1986): «El desarrollo urbano en España, 1860-1930», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 4, 2: 3-22.
- GÓMEZ REDONDO, Rosa (1985): «El descenso de la mortalidad infantil en Madrid, 1900-1970», *REVISTA ESPAÑOLA DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS*, 32: 101-140.
- HENRY, Louis (1961): «Some Data on Natural Fertility», *Eugenics Quarterly*, 8, 2: 81-91.
- (1970): *Manuel de démographie historique*, 2.^a ed., Ginebra-París: Librairie Droz.
- HENRY, Louis, y HOUDAILLE, J. (1978): «Célibat et âge au mariage aux XVIII^e et XIX^e siècles en France. Célibat définitif», *Population*, 33: 43-84.
- (1979): «Célibat et âge au mariage aux XVIII^e et XIX^e siècles en France. Age au premier mariage», *Population*, 34: 403-442.
- HIMES, Norman E. (1963): *Medical History of Contraception*, Nueva York: Gamut Press.
- IBÁÑEZ, Jesús (1979): *Más allá de la sociología*, Madrid: Siglo XXI.
- IRISO NAPAL, Pedro Luis (1985): «Estructura económica, desarrollo urbano y comportamientos demográficos en el siglo XIX. Requena, 1787-1910», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, 3, 3: 21-61.
- KNODEL, John (1974): *The Decline of Fertility in Germany, 1871-1939*, Princeton: Princeton University Press.
- (1982): «Natural Fertility: Age Patterns, Levels and Trends», en BULATAO, Rudolph A., y LEE, Ronald D.: *Determinants of Fertility in Developing Countries*, Nueva York: Academic Press.
- KNODEL, John, y KINTNER, Hallie (1977): «The Impact of Breast-Feeding Patterns on the Biometric Analysis of Infant Mortality», *Demography*, 14, 4: 391-409.
- KNODEL, John, y VAN DE WALLE, Etienne (1979): «Lessons from the Past: Policy Implications of Historical Fertility Studies», *Population and Development Review*, 5, 2: 217-245; véase también COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 390-419.
- LEASURE, J. William (1963): «Factors Involved in the Decline of Fertility in Spain, 1900-1950», *Population Studies*, 16, 3: 271-285.
- LEE, E. S. (1966): «A Theory of Migration», *Demography*, 3: 47-57.

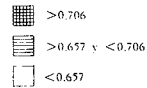
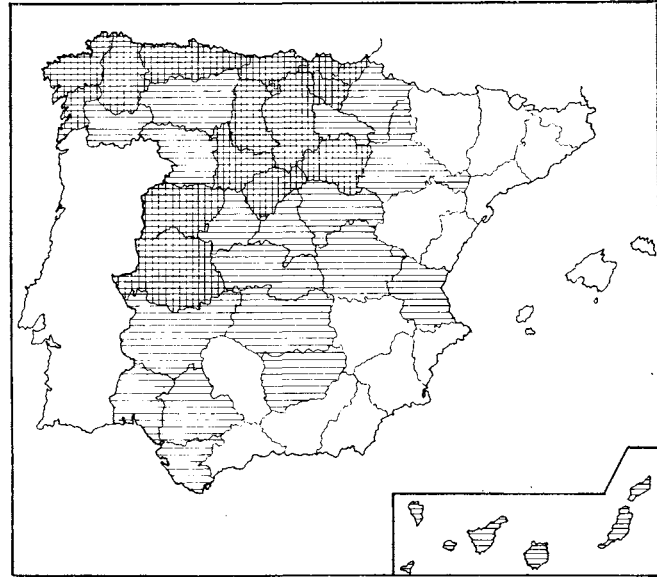
- LESTHAEGHE, Ron. J. (1977): *The Decline of Belgian Fertility, 1800-1970*, Princeton: Princeton University Press.
- (1980): «On the Social Control of Reproduction», *Population and Development Review*, 6, 4: 527-548.
- (1983): «A Century of Demographic and Cultural Change in Western Europe: An Exploitation of Underlying Dimensions», *Population and Development Review*, 9, 3: 411-436.
- LESTHAEGHE, Ron. J., y WILSON, Chris (1986): «Modes of Production, Secularization, and the Pace of the Fertility Decline in Western Europe, 1870-1930», en COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 261-292.
- LIVI BACCI, Massimo (1968): «Fertility and Nuptiality Changes in Spain from the Late 18th to the Early 20th Century», *Population Studies*, 22: 83-102 y 211-234.
- (1977): *A History of Italian Fertility in the Last Two Centuries*, Princeton: Princeton University Press.
- (1986): «Social Group Forerunners of Fertility Control in Europe», en COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 182-200; véase, también, «Ebrei, aristocratici e cittadini: precursori del declino della fecondità», *Quaderni Storici*, 54, 3: 913-939.
- MALEFARIS, Edward (1971): *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona: Ariel.
- MARTÍNEZ CARRIÓN, José Miguel (1986): «Estatura, nutrición y nivel de vida en Murcia, 1860-1930», *Revista de Historia Económica*, 4, 1: 67-102.
- MASSEY, Douglas S., y MULLAN, Brendan P. (1984): «A Demonstration of the Effect of Seasonal Migration on Fertility», *Demography*, 21, 4: 501-517.
- NADAL I OLLER, Jordi (1984): *La población española (Siglos XVI a XX)*, Barcelona: Ariel.
- NASH, Mary (1984): «El neomaltusianismo anarquista y los conocimientos populares sobre el control de la natalidad en España», en NASH, Mary (ed.): *Presencia y Protagonismo. Aspectos de la Historia de la mujer*, Barcelona: Ed. Serbal, pp. 307-340.
- (1987): «El control de la natalidad y la difusión de los medios de contracepción: El debate en el movimiento eugénico español», trabajo presentado en el *I Congreso Hispano-Luso-Italiano de Demografía Histórica*.
- PERRENOUD, Alfred (1979): *La population de Genève du seizième au début du dix-neuvième siècle*, Ginebra.
- (s. f.): «De Rouen à Genève: Les modalités du declin de la fecondité en milieu urbain», ponencia presentada en el *IUSSP Seminar on Urbanization and Population Dynamics in History*, Tokyo, 1987 (en prensa).
- PÉREZ MOREDA, Vicente (1980): *Las crisis de mortalidad en la España interior, siglos XVI-XIX*, Madrid: Siglo XXI.
- PÉREZ MOREDA, Vicente, y GÓMEZ MENDOZA, Antonio (1985): «Estatura y nivel de vida en la España del primer tercio del siglo XX», *Moneda y Crédito*, 174: 29-64.
- PÉREZ MOREDA, Vicente, y REHER, David-Sven (1986): «Mecanismos demográficos y oscilaciones a largo plazo de la población europea (1200-1850)», *Revista de Historia Económica*, 4, 3: 467-490.
- PREMA, K., y RAVINDRANATH, M. (1982): «The Effect of Breastfeeding Supplements on the Return to Fertility», *Studies in Family Planning*, 13, 10: 293-296.
- RAVENSTEIN, E. G.: «The Laws of Migration», *Journal of the Royal Statistical Society*, 48 (1885): 167-227, y 52 (1889): 241-301.
- REHER, David-Sven (1983): *Historia económica y social de la ciudad de Cuenca, 1550-1850* (tesis doctoral inédita), Universidad Complutense de Madrid.
- (1986): «Desarrollo urbano y evolución de la población: España 1787-1930», *Revista de Historia Económica*, 4, 1: 39-66.
- (s. f. —a—): «Urbanization and Demographic Behavior in Spain, 1860-1930», ponencia presentada en el *IUSSP Seminar on Urbanization and Population Dynamics in History*, Tokyo, 1986 (en prensa).
- (s. f. —b—): «Mobility and Migration in Pre-Industrial Urban Areas: The Case of Nineteenth Century Cuenca», ponencia presentada en el *IUSSP Seminar on Urbanization and Population Dynamics in History*, Tokyo, 1986 (en prensa).

- REHER, David-Sven (1987): «La fecundidad en la provincia de Cuenca, siglos XIX y XX», ponencia presentada al I *Congrés Hispano-Luso-Italià de Demografia Històrica*.
- SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (1985): «La modernización económica», en SÁNCHEZ-ALBORNOZ, Nicolás (ed.): *La modernización económica de España*, Madrid: Alianza Editorial.
- SHARLIN, Allan (1986): «Urban-Rural Differences in Fertility in Europe during the Demographic Transition», en COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 234-260.
- SMITH, Daniel Scott (1977): «A Homeostatic Demographic Regime: Patterns in West European Family Reconstitution Studies», en LEE, Ronald D. (ed.): *Population Patterns in the Past*, Nueva York: Academic Press, pp. 19-51.
- SMITH, David P. (1985): «Breastfeeding, Contraception and Birth Intervals in Developing Countries», *Studies in Family Planning*, 13, 3: 154-163.
- TODARO, M. (1976): «Rural-urban migration, unemployment and job probabilities: recent Theoretical and Empirical Research», en COALE, Ansley J. (ed.): *Economic Factors and Population Growth*, Nueva York: John Wiley and Sons, pp. 367-385.
- TRUSSELL, James, y PEBLEY, Anne R. (1984): «The Potential Impact of Changes in Fertility on Infant, Child, and Maternal Mortality», *Studies in Family Planning*, 15, 6, primera parte: 253-266.
- VAN DE WALLE, Francine (1986): «Infant Mortality and the European Demographic Transition», en COALE, Ansley J., y WATKINS, Susan Cotts: *The Decline of Fertility in Europe*, Princeton: Princeton University Press, pp. 201-233.
- WOODS, R. I., y HINDE, P. R. A. (1985): «Nuptiality and Age at Marriage in Nineteenth-Century England», *Journal of Family History*, 10, 5: 119-143.
- WRIGLEY, E. Anthony (1966): «Family Limitation in Pre-Industrial England», *Economic History Review*, 2.ª serie, 19: 82-109.
- WRIGLEY, E. Anthony, y SCHOFIELD, Roger (1981): *The Population History of England, 1541-1871. A Reconstruction*, Londres-Cambridge.
- (1983): «English Population History from Family Reconstitution, 1600-1799», *Population Studies*, 37, 2: 157-184.
- ZÁRATE, A., y UNGER DE ZÁRATE, A. (1975): «On the Reconciliation of Research Findings of Migrant-Nonmigrant Fertility Differentials in Urban Areas», *International Migration Review*, 9, 2: 115-156.

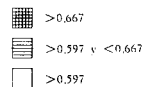
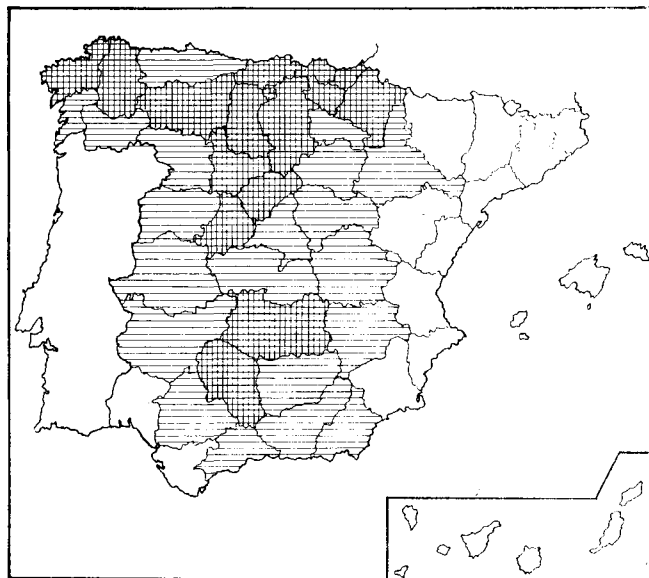
MAPA 1

Fecundidad matrimonial (I_g) rural, 1887

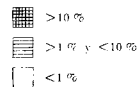
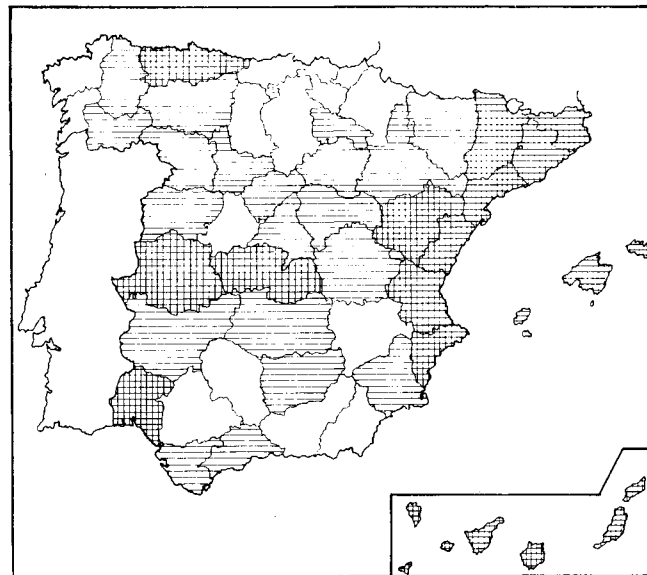
MAPA 2

Fecundidad matrimonial (I_g) rural, 1900

MAPA 3

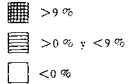
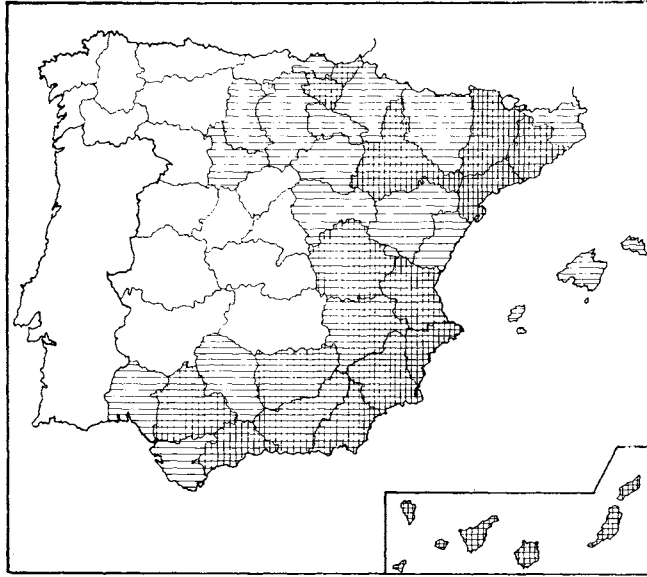
Fecundidad matrimonial (I_g) rural, 1920

MAPA 4

Cambio de la fecundidad matrimonial (I_g) rural, 1887-1920

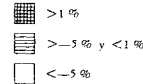
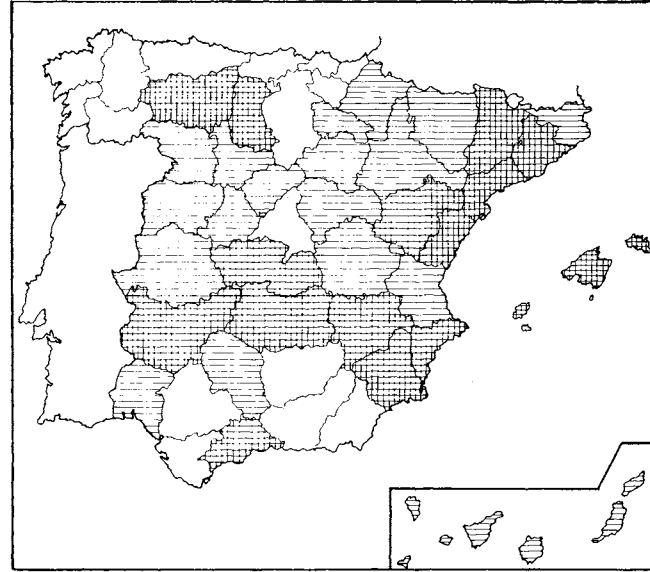
MAPA 5

Cambio de la fecundidad matrimonial (I_2) rural, 1860-1887



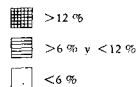
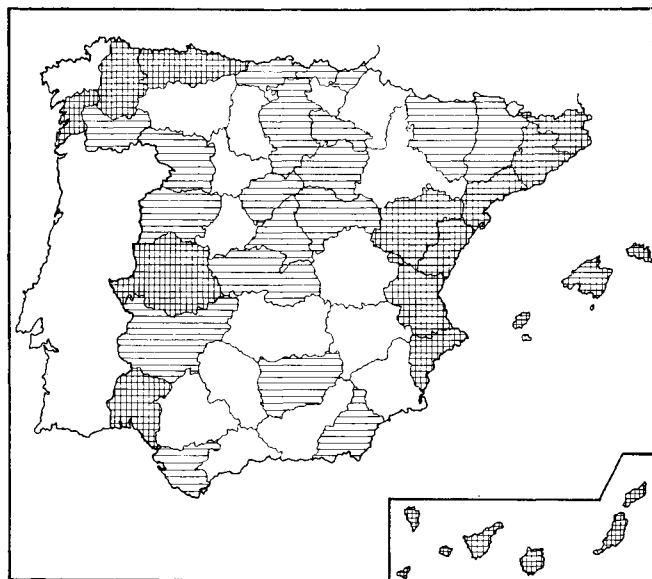
MAPA 6

Cambio de la fecundidad matrimonial rural, 1887-1900



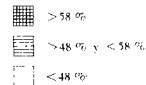
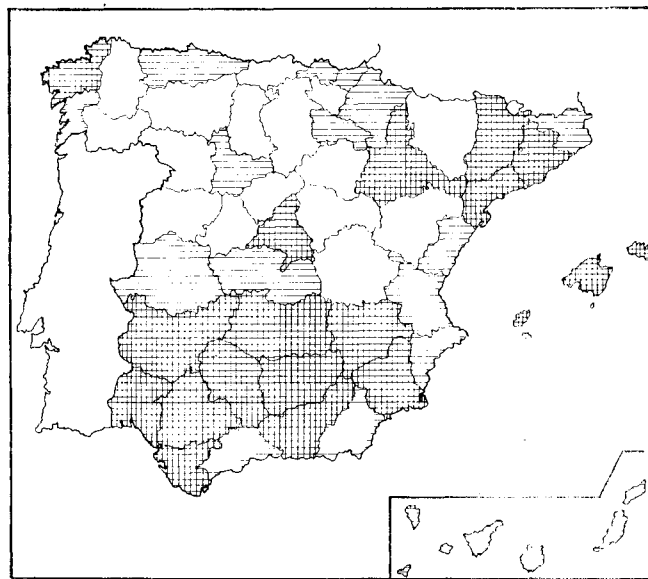
MAPA 7

Cambio de la fecundidad matrimonial rural, 1900-1920



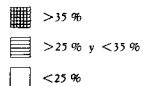
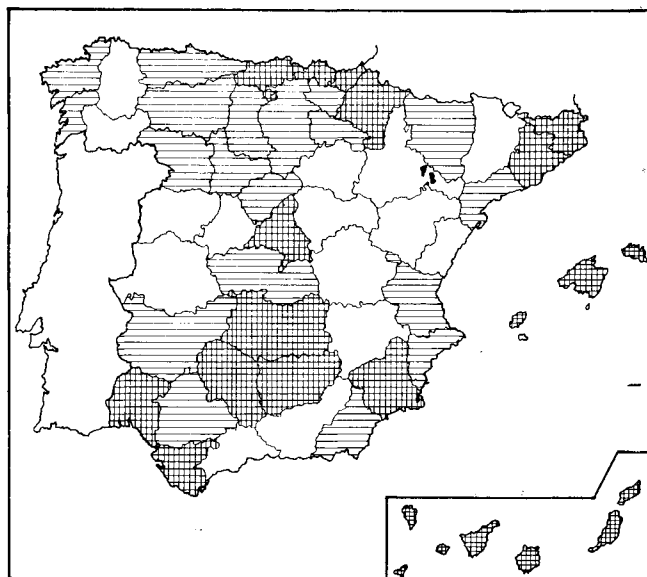
MAPA 8

Proporción de jornaleros, 1860



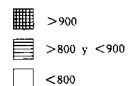
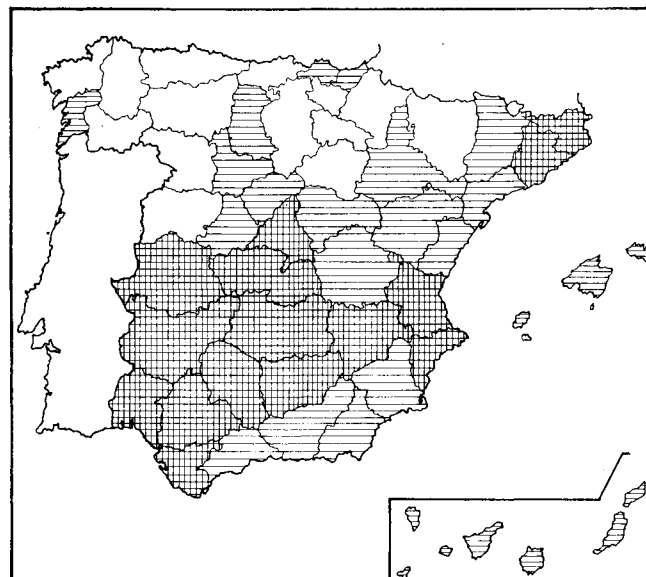
MAPA 9

Población no agraria, 1920



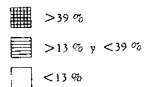
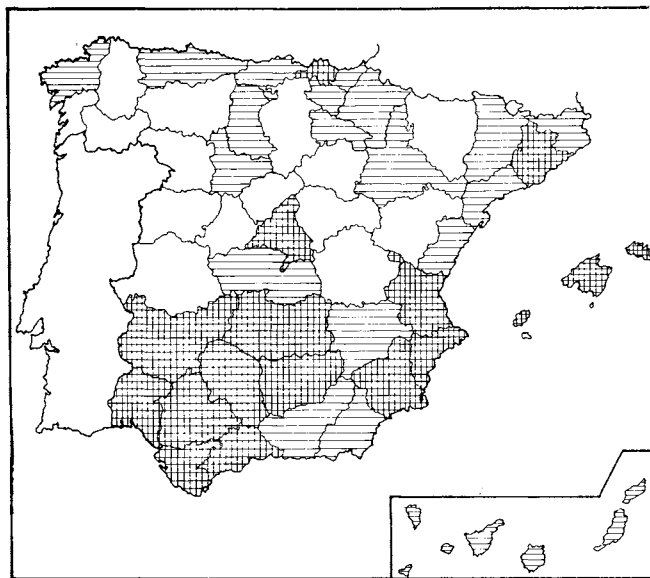
MAPA 10

Migración rural (ambos sexos), 1900-1910



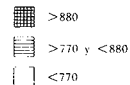
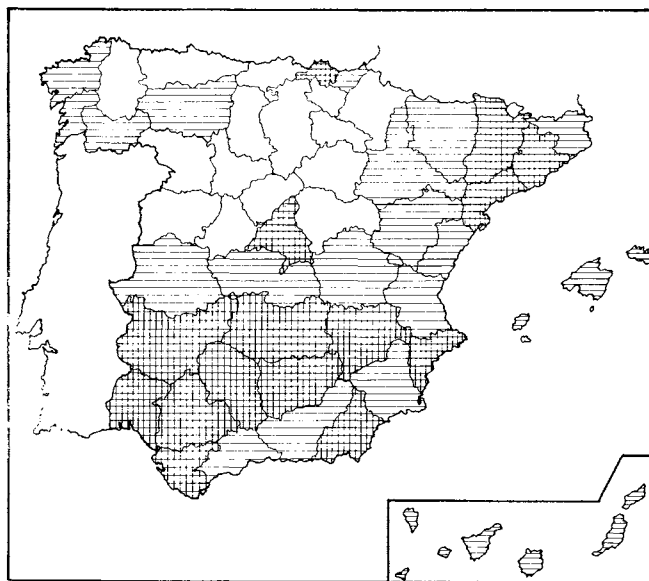
MAPA 11

Migración rural (ambos sexos), 1910-1920



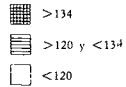
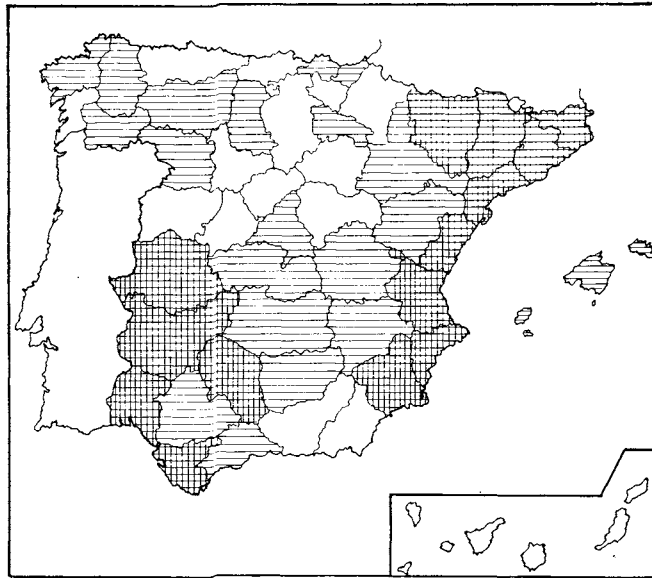
MAPA 12

Urbanización, 1920



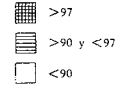
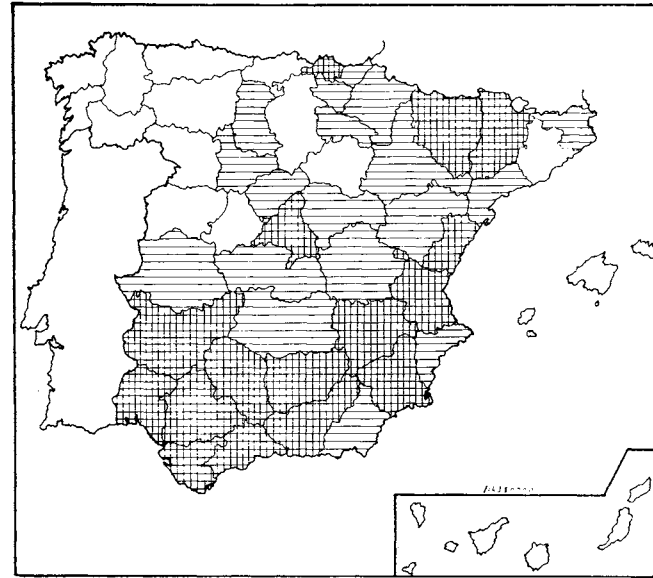
MAPA 13

Razón de actividad masculina rural, 1920



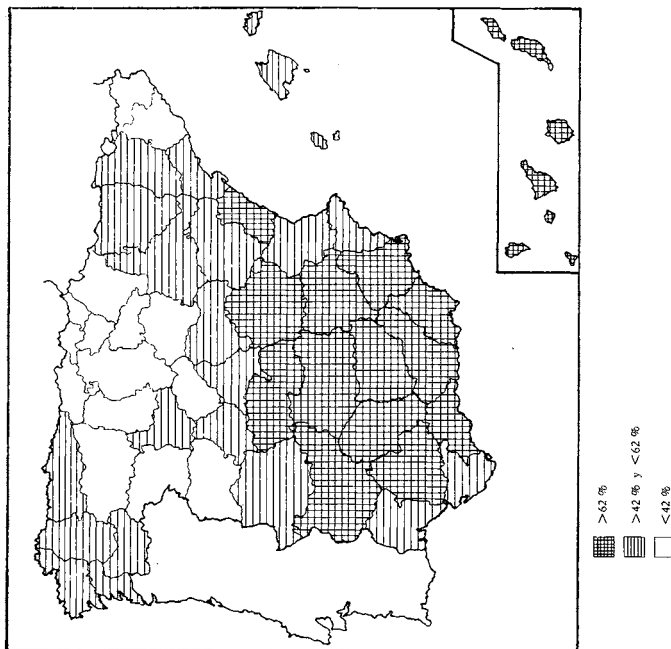
MAPA 14

Mercado matrimonial rural, 1900



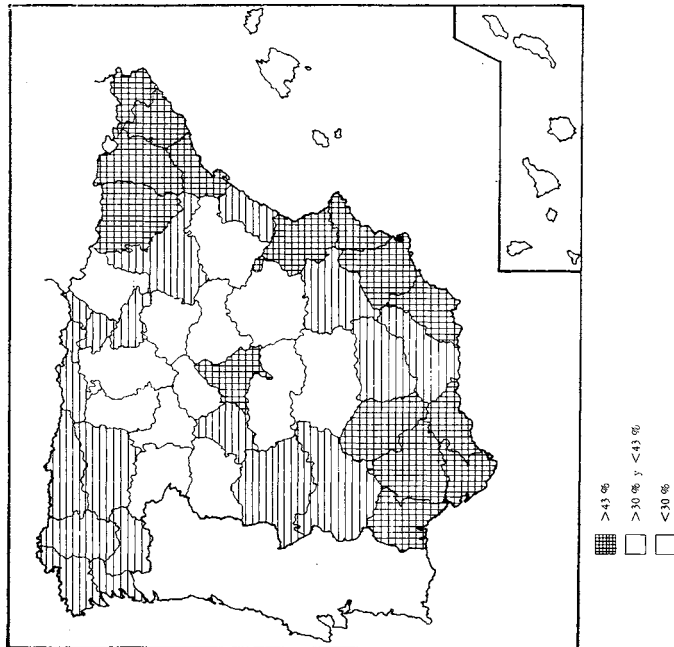
MAPA 16

Indice de secularización provincial, 1936



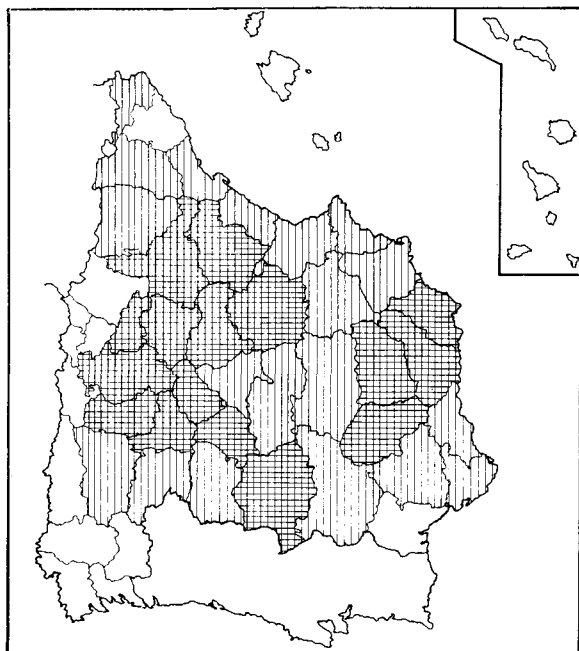
MAPA 15

Analfabetismo rural, 1920



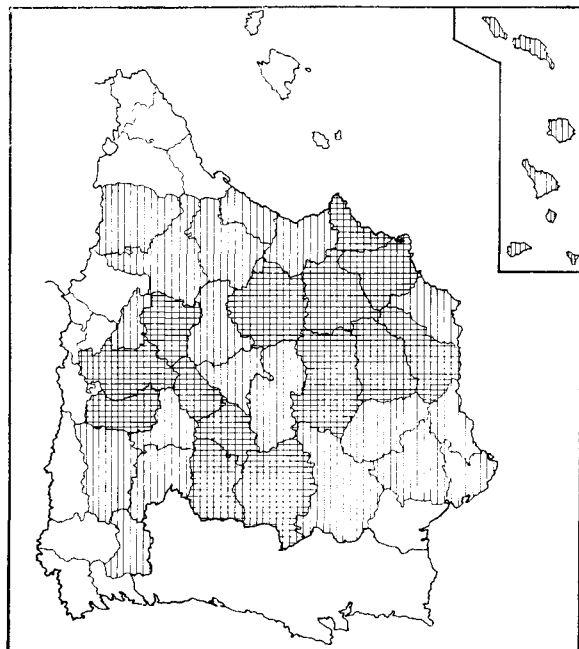
MAPA 17

Mortalidad (sq₀) rural, 1860-1900



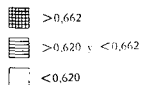
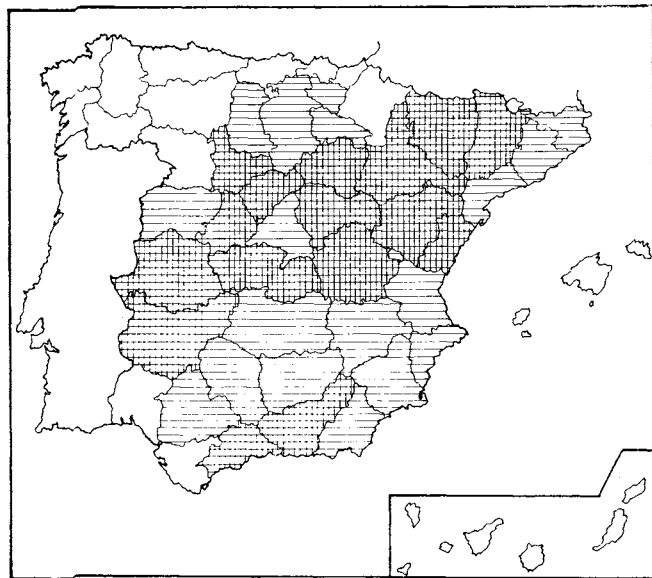
MAPA 18

Mortalidad (sq₀) rural, 1910



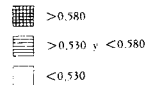
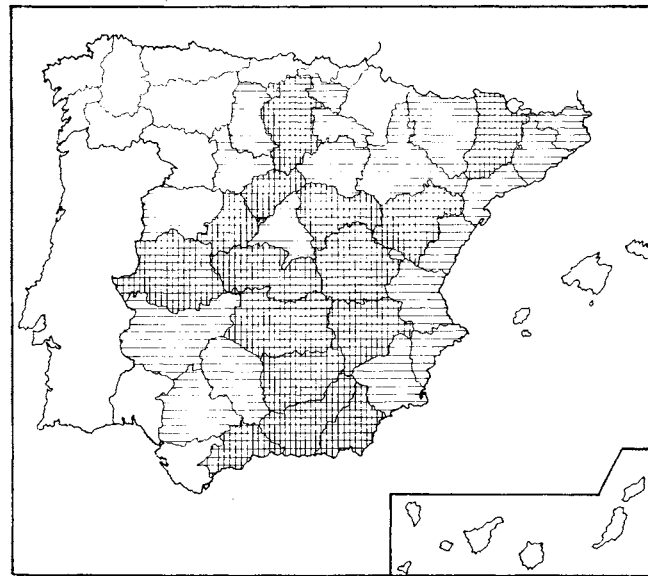
MAPA 19

Nupcialidad femenina (I_m) rural, 1887



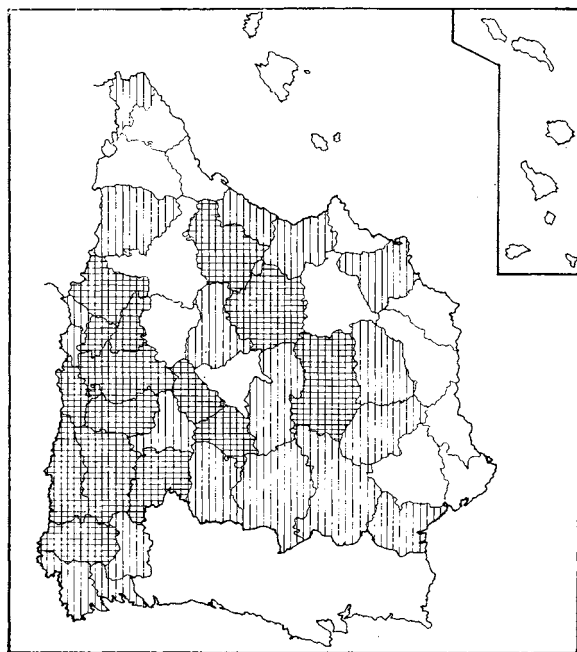
MAPA 20

Nupcialidad femenina (I_m) rural, 1920



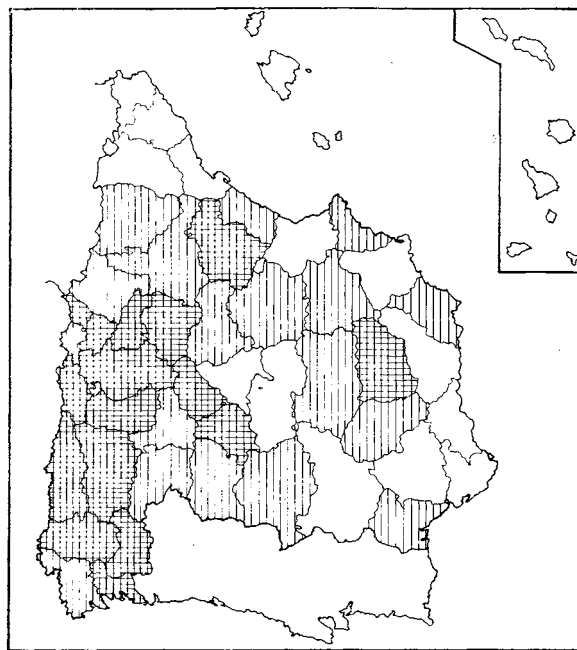
MAPA 21

Fecundidad matrimonial (I_g) urbana, 1887



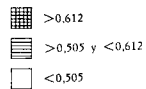
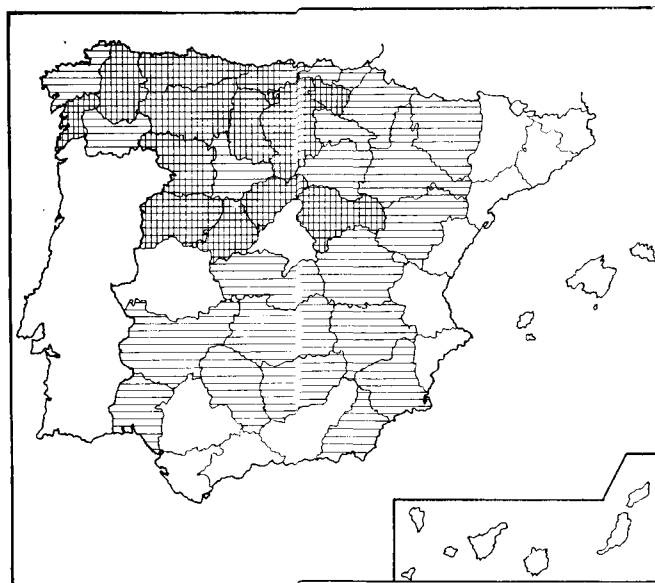
MAPA 22

Fecundidad matrimonial (I_g) urbana, 1900



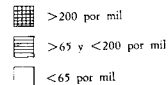
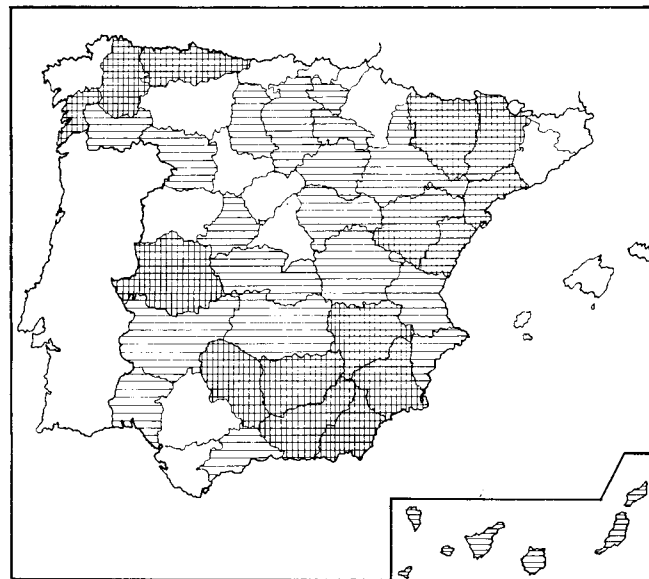
MAPA 23

Fecundidad matrimonial (I_g) urbana, 1920

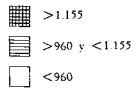
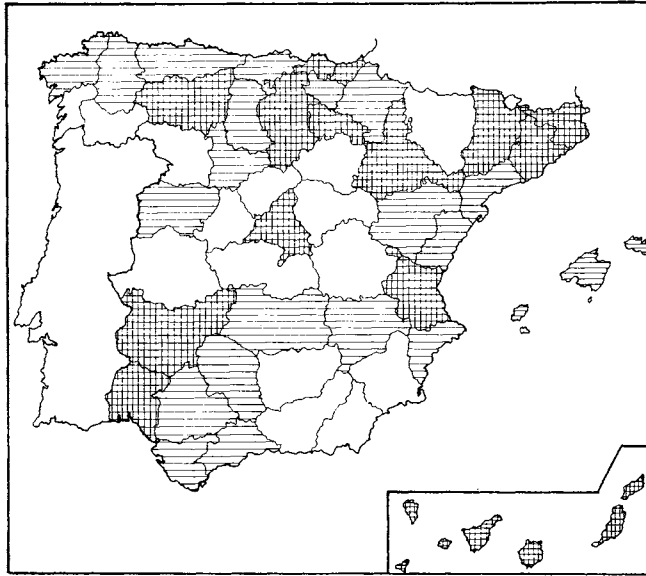


MAPA 24

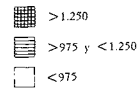
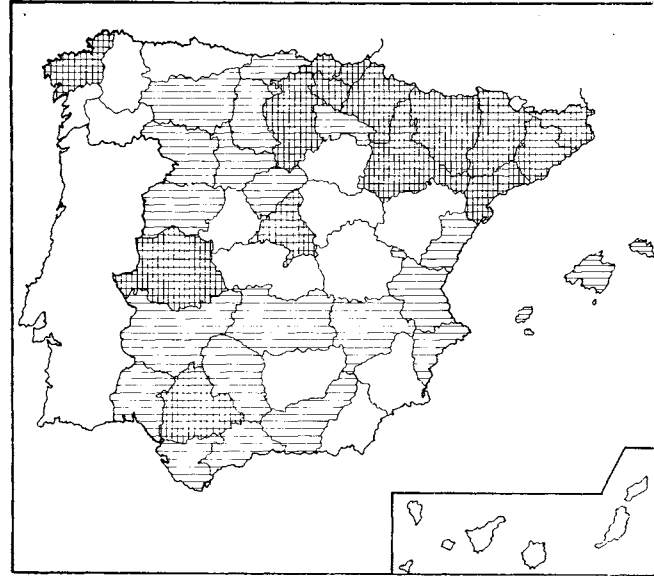
Proporción de población agraria urbana, 1920



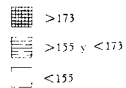
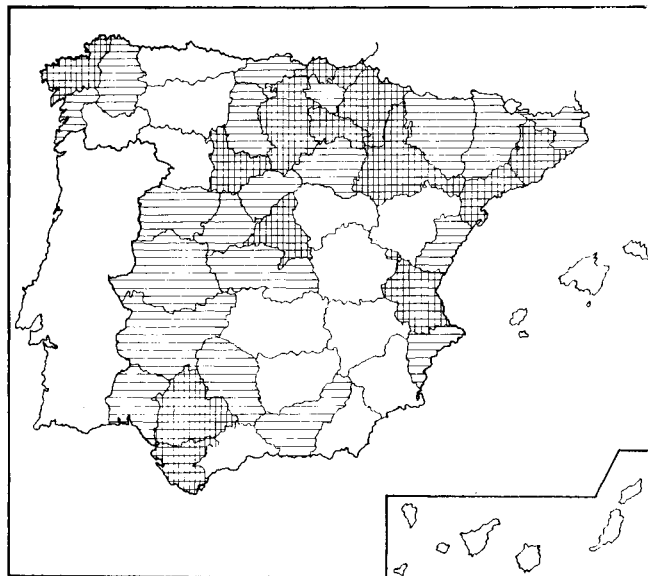
MAPA 25

Migración urbana (ambos sexos), 1900-1910

MAPA 26

Migración urbana (ambos sexos), 1910-1920

MAPA 27

Razón actividad masculina urbana, 1887

MAPA 28

Razón de actividad masculina urbana, 1920